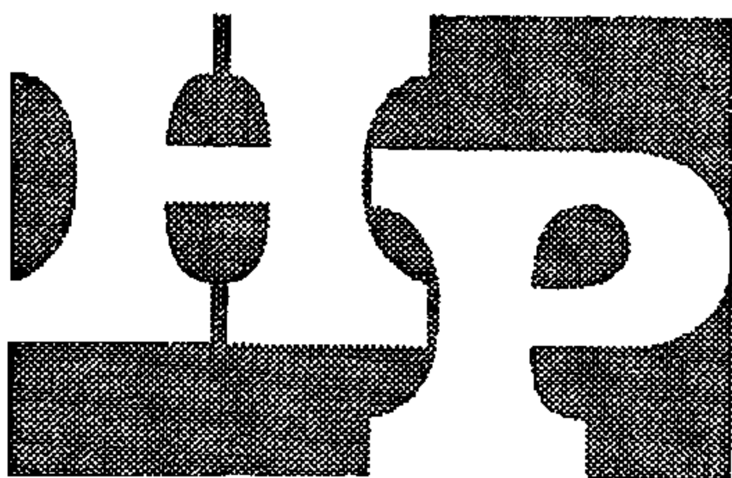


Silver Kane

EL POKER DE LOS VENGADORES





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL POKER DE LOS VENGADORES

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 305
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 35413-1975

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: noviembre, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

El funcionario hizo una reverencia.
—Bien venido, senador Gunter.
El *sheriff* se llevó la mano al sombrero.
—Le esperábamos, senador Gunter.
Un ordenanza, le precedió.
—Por aquí, senador Gunter. Tenga la bondad, senador Gunter.
Le indicó un asiento sobre el cual alguien había puesto, para que su ocupante estuviese más cómodo, una almohadilla roja.
—El mejor puesto, senador Gunter.
—Gracias.
El importante personaje separó los faldones de su importante levita y posó sus importantes posaderas encima de la almohadilla roja.
El ordenanza se retiró haciendo reverencias.
—Siempre a sus órdenes, senador Gunter.
El personaje miró lo que tenía enfrente.
Era un buen sitio el que le habían destinado, desde luego.
A dos pasos del patíbulo. Y en línea recta a la cuerda.
Todos los que estaban cerca de él eran importantes personajes de la buena sociedad de Alabama, pero ninguno tenía su rango. No estando presente el gobernador, él era quien más destacaba allí. Y se pavoneó orgulloso.
Consultó su reloj de oro.
Lamentable.
Las ejecuciones suelen ser la cosa más puntual del mundo, y aquélla se retrasaba casi un minuto.
Sonrió complacido al pensar que quizá el condenado habría tenido dificultades para llegar hasta allí. Que tendrían qué

arrastrarlo al patíbulo.
Pero se equivocaba.
El condenado apareció unos segundos después. Caminaba con paso firme y no parecía afectado en absoluto. Diríase que se sentía orgulloso de morir así.
Llevaba uniforme de oficial sudista, cosa en apariencia incomprensible, porque hacía más de un año que el Sur había perdido la guerra.
Subió los peldaños sin admitir que nadie le ayudase.
Era un oficial joven. Se le podían calcular unos veintitrés años. Los entorchados que lucía en la bocamanga correspondían al grado de teniente.
El juez, que estaba al lado del senador Gunter, dijo respetuosamente:
—Espero que se sienta satisfecho, senador.
—Sí, mucho.
—Este hombre atentó contra su vida. Pero va a pagarlo bien.
—Ya desearía que estuviese colgado.
—¿No le extraña que lleve uniforme sudista?
—Sí, mucho.
—Ha pedido eso como última gracia —informó el juez—, y no nos hemos atrevido a negárselo. Dice que quiere morir con el uniforme al cual sirvió.
—Eso es una desfachatez. Y hasta una insulto a nuestro Gobierno.
—Siento que lo haya interpretado así, senador Gunter. Yo no he dado a eso tanta importancia.
—Pues la tiene.
El juez hizo un gesto de desconsuelo.
—En todo caso ya es tarde para evitarlo, senador Gunter. Crea que lo siento. Ya tiene la soga al cuello.
Gunter achicó los ojos.
—Bien… La comedia va a terminar —dijo—. ¿Qué más da que muera con una ropa o con otra?
En efecto, el verdugo había puesto el lazo en torno al cuello del condenado.
Éste no reflejaba en el rostro el menor síntoma de miedo, lo cual, en opinión de Gunter, era algo bastante fastidioso. Le hubiera

gustado verlo aullar, arrastrarse, pedir clemencia.

Pero no sucedía nada de eso.

Por el contrario, el condenado le miró con expresión de hastío y dijo:

—Hasta pronto, senador… Te aseguro que tú vas a seguirme muy pronto, repugnante hijo de perra…

El verdugo no quiso que el otro siguiera hablando. Movió la palanca e hizo bajar la boca de la trampilla.

El cuerpo del condenado cayó por el hueco y la cuerda produjo un siniestro chasquido.

Y se balanceó unos momentos, pero al fin quedó espantosamente quieto.

El juez, con una risita, miró el rostro congestionado de Gunter.

—No le sepa mal, senador. Ya se sabe que esos tipos siempre insultan.

—Ya no volverá a insultar a nadie.

—Sí. Desde luego lo ha pagado bien.

—Lo único que siento es que la ejecución haya sido tan rápida.

—Aún no ha muerto, senador. La muerte real no se produce hasta transcurridos, a veces, unos veinte minutos. Pero ya no siente nada ni hay posibilidad de salvarlo.

—Quiero que entierren su cadáver en una fosa común, sin ninguna lápida que lo identifique.

El juez hizo un gesto ratonil, como disculpándose.

—Eso no podrá ser, senador.

—¿Por qué?

—No tenemos derecho a disponer del cuerpo. Unos amigos suyos, antiguos oficiales del Sur, lo han reclamado.

—Una pandilla de indeseables, ¿eh?

—En eso no me meto.

—¿Y van a entregarles el cadáver?

—No nos quedará más remedio.

El senador Gunter miró con enojo al juez…

—Debiera haber encontrado algún subterfugio legal para impedirlo. Pero, en fin, ya está hecho. Cualquier día venga a tomar una copa a mi casa, juez. La sentencia ha sido dictada muy rápidamente y de acuerdo con mis deseos.

El juez se inclinó servilmente.

—A sus órdenes, señor senador. Siempre a sus órdenes.

El grupo de testigos se iba disolviendo.

Para nadie tenía interés ya aquel cuerpo que ni siquiera se balanceaba en la cuerda, y que dentro de poco adquiriría un violento color morado.

El senador salió del edificio de la cárcel, en cuyo patio había tenido lugar la ejecución, y subió al landó que había en la puerta.

Una muchacha rubia le esperaba en el asiento. Una chica que apenas debía tener diecinueve años.

—¿Divertido, senador? —preguntó.

—Demasiado breve.

—Mejor, cariño. Así no has perdido tanto tiempo…

Gunter observó con mirada de entendido sus prietas y juveniles curvas.

—Tienes razón —dijo—. Hala, vamos a casa. Nos queda todo el día para divertirnos.

* * *

El cadáver fue descolgado al anochecer, porque, reglamentariamente, había de estar expuesto un mínimo de diez horas.

Dos hombres correctamente vestidos se presentaron en la cárcel con un ataúd de lujo, dieron una propina al verdugo por haber acabado tan pronto y descolgaron el cuerpo con el mayor cuidado, introduciéndolo en la caja.

Luego se dirigieron con ella a un lugar que nadie hubiera esperado.

No la llevaron al cementerio, sino al mejor hotel de la ciudad.

La descargaron por la parte trasera, pero, a pesar de sus precauciones para no llamar la atención, el dueño del hotel, un individuo gordo y vestido de chaqué, salió gesticulando.

—Señores, no pueden hacer eso… —gimió—. No pueden hacerme eso a mí… Entrar un cadáver en mi hotel… ¡Y encima, el cadáver de un ahorcado!

Uno de los hombres que lo había traído le miró fijamente.

Era joven y tenía el rostro curtido por el sol. Un auténtico rostro de piedra.

—Le hemos alquilado cinco habitaciones de la planta baja, ¿no?

—Pues…, sí, eso es cierto.

—Y se las hemos pagado al precio que nos pidió.

—También es cierto, pero…

—Entonces, ¿de qué se queja?

—¡Ustedes no me hablaron de muertos!

El que había hablado antes, señaló el ataúd.

—Ese hombre ha muerto en contra de su voluntad, ¿no? ¡Pues ha sido un accidente! ¡Y los accidentes no se pueden prever!

El dueño del hotel se llevó las manos a la cabeza.

—¡Van a matarme! ¡La ruina para mi negocio, la ruina! En cuanto la gente vea entrar ese cadáver por la puerta de mercancías va a creer que luego lo sirvo en el estofado.

—Nadie lo verá si no grita tanto. Hala, adentro.

Y el cuerpo fue empujado, con su ataúd, por la puerta que el dueño obstruía. El gordinflón se apartó presurosamente.

Los dos hombres entraron en una sala donde había una magnífica mesa de juego capaz al menos para diez personas. Pero siguieron adelante.

Y pasaron a otra habitación, más pequeña, donde había flores y una bandera del Sur.

Allí fue depositado el ataúd.

Los dos hombres no saludaron ni hicieron ningún gesto respetuoso. Por el contrario, uno de ellos descorchó una botella de champaña.

—A la salud de Donovan, el muerto —dijo, ofreciendo a su compañero una copa llena.

El otro la levantó a la altura de sus ojos, brindando también.

—A la salud del muerto —dijo, enigmáticamente—. Él ha sido el primero…

* * *

Los dos hombres cerraron la puerta, dejando solo el ataúd, y volvieron a la primera sala, donde estaba dispuesta la gran mesa de juego.

—Aún no ha venido nadie —murmuró uno de ellos.

El otro consultó su reloj.

—No pueden tardar. Falta media hora.

—Veamos las habitaciones.

En efecto, aún les quedaban tres piezas por examinar.

Éstas consistían en tres dormitorios perfectamente equipados, entre los cuales había un moderno cuarto de baño.

—Esta tierra ha prosperado mucho, ¿eh?

—Sí. Estas cosas no se veían antes.

—¿Tendremos bastante con tres dormitorios?

—Yo creo que sí. Nos turnaremos.

—Creo que no falta nada. Y disponemos de cinco días.

—Cinco días, durante los cuales estas habitaciones son nuestras. Pero hace falta que lleguen los otros.

—No tardarán.

En ese momento, como si sus palabras hubieran sido una premonición, sonaron unos golpecitos en la puerta.

—Adelante.

Un hombre también joven, de aspecto marcial, uno de esos tipos a los que sólo falta el uniforme para que se vea que siguen en servicio activo, apareció en el umbral.

Era rubio y alto. En algunos gestos y actitudes se parecía enormemente a los otros dos. Bastaba verlos para pensar: «He aquí a tres hombres que estaban mandando tropas hace menos de un año…».

El recién llegado sonrió, tendiendo rígidamente su mano derecha.

—Hola, Ben.

—Hola, Clark.

—Bien venido, Alexander.

Los tres hombres, de una manera mecánica y como si tuvieran todos el mismo pensamiento, consultaron sus relojes.

—Sólo faltan dos.

—Sí, pero no pueden tardar.

—¿Habéis traído… el cadáver de Frankie?

—Sí. Está ahí.

Señalaba una puerta. Alexander, el recién llegado, manifestó deseos de verlo.

—Pasa.

La puerta fue abierta, y Alexander se cuadró rígidamente ante el ataúd. Éste tenía la tapa alzada y se veía el cadáver, cuya expresión se había ido dulcificando hasta parecer casi una expresión

placentera.

Más que nunca se notaba ahora que aquellos tres hombres eran militares, aun cuando no llevasen uniforme. Parecían enteramente estar en una ceremonia de campaña.

Alexander miró la bandera.

—La vieja enseña del regimiento… —balbució.

—Sí. La hemos traído para que nos anime en los instantes de desaliento.

—No habrá instantes de desaliento —prometió Alexander.

—Eso lo decimos ahora porque sólo ha caído uno, porque sólo ha caído Frankie. Él fue el primero en atentar contra la vida de Gunter y ya ves cómo lo ha pagado. Es posible que cuando haya ahí un par de cadáveres más empecemos a tener miedo.

—Ninguno de nosotros lo tendrá.

—Ojalá aciertes.

En aquel momento se oyeron unos golpecitos a lo lejos, sobre la puerta principal que daba entrada al conjunto de las cinco habitaciones.

Fue Clark quien abrió.

Y entró otro hombre, éste más alto y más fuerte que los otros, con ojos pequeños y cara de piedra.

También tenía aspecto militar, pero de otra clase. Daba la sensación de ser algo así como un sargento jefe de las cocinas, a juzgar por su tripa prominente, su fortaleza y su aspecto, más bien brutal.

Aquel hombre, normalmente, debía dar sensación de confianza en sí mismo, pero ahora producía justamente el efecto contrario.

Parecía asustado.

Alexander le preguntó:

—¿Qué te pasa, Grock?

—Nada… Pero creo que alguien me ha seguido hasta aquí.

—¿Algún espía de Gunter?

—No creo que lo sea.

—Pues entonces, ¿quien…?

—Un tipo al que he estado viendo bastante los últimos días, desde que me puse en viaje hacia aquí. Me sigue a todas partes.

—¿Y no has intentado saber qué quiere?

—Supongo que desea acabar conmigo.

—¿Por qué?

—Debe ser algo personal.

—No resultas muy explícito, Grock.

—Bueno, eso no importa ahora. El caso es que he llegado hasta aquí, ¿verdad? Pues vamos a lo que interesa y no perdamos más tiempo. ¿Habéis pedido cartas y fichas?

—Aún no.

—¿Por qué?

—Falta Jim.

Como habían hecho los otros, Grock consultó su reloj.

—Pues se está cumpliendo el plazo.

—Vendrá, no lo dudes.

—Si se ha acobardado en el último instante, os juro que…

—Jim no es de los que se acobardan. Verás como viene.

—Lo digo porque en la guerra no era precisamente de los más arrojados. En cuanto veía un uniforme azul se echaba a temblar.

—Todos hemos tenido miedo —dijo, suavemente, Alexander—; sobre todo, cuando la guerra ya estaba perdida. Pero el mérito está en tragarse el miedo y aguantar lo que sea. Y Jim lo hacía.

Los hombres —ahora cuatro en total: Grock, Alexander, Ben y Clark—, se sentaron en tomo a la mesa de juego, ocupando cada uno de ellos el puesto que más le gustaba.

Durante unos instantes se miraron fijamente.

En el centro de la mesa había cuatro mazos de cartas por estrenar. Lo que ningún jugador tenía aún eran fichas.

Grock se removió nerviosamente.

—Insisto en que Jim se retrasa.

—¿Estás nervioso, Grock? —preguntó Alexander.

—¡No! ¿Qué diablos voy a estarlo?

—Pues no puedes parar quieto en el asiento —dijo ahora Ben—. ¿Es, quizá, por ese tipo que te sigue?

—¡Callaos de una maldita vez! ¡No quiero volver a oír hablar de ese tipo! ¡Y no estoy nervioso! ¡Estoy más tranquilo que un pulpo cuando echa la siesta!

Pero por poco rompe un borde de la mesa a fuerza de apretar sus manazas contra él.

—¡Insisto en que Jim se retrasa! —volvió a mascullar—. Y deberíamos empezar sin él.

Justamente en ese momento, alguien más golpeó con los nudillos en la puerta.

Todos se volvieron como un solo hombre.

—Adelante —dijo Clark—. Está abierta.

La hoja de madera fue empujada, y en el umbral se recortó la figura de una mujer.

Los cuatro quedaron boquiabiertos.

En el Sur hay mujeres muy bonitas, pero no recordaban haber visto ninguna así. O al menos ésa fue la impresión que tuvieron en el primer momento. Era una falsa delgada que llevaba las ropas muy ceñidas. En los lugares más estratégicos, y como mandan las ordenanzas, las curvas estaban distribuidas magníficamente, y aquellos cuatro hombres hubieran jurado que ni sobraba ni faltaba un gramo. La mujer tenía los cabellos de color castaño claro, recogidos en un moño sobre la nuca. Sus ojos eran rasgados y grandes. Por fin, tenía una boca que parecía estar pidiendo besos a toneladas, aunque la chica —con aspecto de ser una verdadera señorita—, no lo confesara jamás.

Los jugadores estaban asombrados.

Fue Grock, el más nervioso, el primero en ponerse en pie.

—¿Qué significa esto? —bramó—. ¡Se ha equivocado de habitación! ¿No le han dicho que estas cinco piezas estaban reservadas?

—Precisamente por eso he entrado.

—¿Quién es usted?

—Me llamó Marta Kleyton.

—Es un honor —susurró Alexander—. Pero díganos, por favor, qué es lo que quiere.

—Ustedes son Clark, Alexander, Ben y Grock, supongo.

—Sí. ¿Cómo nos conoce?

—Esperan a un hombre llamado Jim.

—Sí.

—Yo vengo en su lugar.

Grock masculló:

—Oiga…, ¿es una broma?

—No es una broma, sino una tragedia.

—¿Por qué no viene Jim? ¡Era lo acordado! ¡Nos dio su palabra de oficial!

—No puede cumplirla.

—No, ¿eh? ¿Por qué?

—Porque ha muerto.

Los cuatro hombres se miraron unos a otros, asombrados, y entonces fue cuando se dieron cuenta de que el vestido de la hermosa mujer era negro. Sus medias, por lo que podía apreciarse, también. Pero fuera de eso, no llevaba en su conjunto ningún otro detalle de luto.

Clark susurró:

—Usted viste de luto, según parece.

—Sí.

—¿Tiene eso alguna relación con la muerte de Jim?

—Por supuesto que la tiene. Yo era su esposa.

Otra vez los cuatro hombres se miraron asombrados.

Y un silencio pesado pareció flotar sobre la habitación.

—Ninguno de nosotros sabía que Jim se hubiera casado —dijo Ben al fin.

—¿Cuánto tiempo hacía que no se veían?

—Pues… la guerra terminó hace un año… Yo calculo que debe hacer unos seis meses.

—En ese tiempo pueden ocurrir muchas cosas.

—Sí, desde luego, pero…

Grock, nervioso como siempre, se adelantó dos pasos hacia la mujer y la señaló con el dedo.

—Bueno, señora, si lo que tenía que decirnos era que Jim ha muerto, ya lo ha hecho. Le damos nuestro pésame, ¿entiende? Nuestro más sentido pésame. Estamos todos a punto de echarnos a llorar debajo de la mesa. Jim fue un gran amigo y un gran oficial. Descanse en paz.

Se volvió de espaldas y chascó los dedos.

—Y ahora largo de aquí.

Pero la chica, a pesar de aquel «sentimental» pésame, no se movió.

Ante la mirada cada vez más asombrada de los cuatro hombres, dijo:

—No me voy. Precisamente he venido a sustituir a Jim.

—¿Puede… saberse… por qué?

—Porque fue lo último que me pidió antes de morir. Me lo

suplicó solemnemente.

Ben se rascó la mejilla con gesto confuso, sin darse cuenta de que estaba ante una dama.

—Lo que usted nos pide es muy meritorio, Marta —susurró—. Honra a Jim, que quiso cumplir su palabra aun después de muerto, y la honra aún más a usted. Pero no podemos aceptar por una sencilla razón. Usted no sabe lo que aquí se juega.

—Claro que lo sé.

—¿Se… lo explicó Jim?

—Con todo detalle.

—De todos modos, no podremos aceptarlo. Lo siento, pero ésa es nuestra decisión.

Ella apretó los labios.

—No pueden tratarme así. Para lo que piensan hacer, sirve lo mismo una mujer que un hombre.

—Se equivoca. Un hombre es…

Ella cortó secamente.

—¿Iba a decirme quizá que un hombre es más tonto?

—Bueno, nosotros…

Los cuatro hombres parecían confusos. Daba la sensación de que no sabían cómo reaccionar.

Pero al fin fue Grock el que dijo, riendo ásperamente:

—En eso tiene razón la chica. Los hombres somos más tontos… Y si no estáis convencidos aún, pensad en lo de Frankie. Murió con mucha dignidad, pero antes se había dejado atrapar como un ratoncillo. En cambio las mujeres son más astutas, más…, ¿cómo diría yo…?, más venenosas. Siéntese, Marta —decidió de pronto—. Puede que nos sirva. Al fin y al cabo ya sabe que lo que se ventila aquí es decidir quién va a cometer un asesinato…

CAPÍTULO II

Cuando todos, incluso la mujer, hubieron ocupado sus asientos, Ben resumió la situación.

—Doy por descontado que Jim le explicó cumplidamente lo que sucedía, Marta —comenzó—, pero aun así voy a hablarle de una situación que entre nosotros ya es sabida y que quiero que usted conozca perfectamente. Si después de eso insiste en quedarse —cosa que me disgustaría bastante—, puede hacerlo. Si, por el contrario, decide irse, tenga la seguridad de que ninguno de nosotros se considerará ofendido. Y el honor de Jim habrá quedado bien a salvo.

—Sé todo lo que hay que saber —dijo ella.

—Bien, de un modo u otro, ahí va: Todos nosotros somos antiguos oficiales del Sur, y pertenecíamos al VII de Caballería. Yo no discuto ahora si nuestra causa fue justa o no, porque ése es un asunto sobre el que las polémicas durarán años y años. Pero sí que puedo afirmar que todos nosotros luchamos con honor y caballerosamente. El enemigo lo reconoció así, rindiéndonos honores militares dos veces, durante unas treguas que establecimos para el canje de heridos y el entierro de los muertos. Pero en el último año de la guerra nuestro jefe fue cambiado.

—Y pasó a mandarles Gunter —dijo ella con suavidad.

—Exactamente. Gunter procedía del estado mayor; era uno de esos tipos que se pasan la vida entre planos y jamás han visto una batalla. Pero eso no tiene nada de malo, puesto que al fin y al cabo él trabajaba allí donde le mandaban hacerlo. Lo repugnante fue que estaba vendido a la gente del Norte, con la que tenía contratados ya un cargo de senador y una bonita recompensa en metálico si nos traicionaba. Nuestro regimiento, de valor bien probado, guarnecía

el puesto más delicado y difícil de todo el dispositivo táctico, si nosotros nos hundíamos, se hundían las baterías artilleras que estaban detrás, y los regimientos de infantería, faltos de protección, corrían el peligro de ser copados. Pero se sabía que nosotros no íbamos a ceder. Sin embargo, Gunter había dado ya al enemigo la posición de nuestros puestos de escucha y de centinela, y durante la noche fueron asesinados a cuchilladas, todos los que estaban de guardia. Al amanecer, justo cuando iba a producirse el relevo, fuimos atacados por sorpresa y por tres flancos a la vez. Nos defendimos lo mejor posible, pero aquello fue una carnicería. Muchos de nosotros ni siquiera tuvimos tiempo de montar a caballo. La artillería nordista, emplazada muy cerca, tiraba a cero contra nosotros. El regimiento quedó deshecho y todo el frente se hundió. Aquello influyó en el favorable despliegue de las tropas nordistas al comenzar la decisiva batalla de Gettysburg. La guerra, gracias a la traición de un hombre, había dado un giro total.

Hizo una pequeña pausa antes de añadir:

—Se puede alegar que el resultado hubiera sido el mismo de todos modos. Muy bien, no lo discuto. Pero la muerte inútil de nuestros compañeros, el degüello de los centinelas durante la noche y todo lo que sucedió después, son cosas que no pueden perdonarse jamás. Aunque, por supuesto, he de confesarle que no nos enteramos de la traición de Gunter hasta el fin de la guerra, cuando fue promovido al cargo de senador. Desde entonces, los oficiales supervivientes hicimos esfuerzos por reunirnos y planear una venganza. Se trataba, ni más ni menos, que de asesinar a Gunter, ya que no podíamos entablar ninguna acción legal contra él. Decidimos jugarnos a los naipes quién lo haría, pero Frankie, que era un hombre valiente e impetuoso, dijo que no hacía falta jugarse nada. Que para eso se bastaba y se sobraba él. Intentó matar a Gunter, y el resultado es conocido de todos. Ha sido ahorcado y tenemos su cadáver ahí, junto con la vieja bandera de nuestro regimiento. ¿Quiere verlo?

Ella movió la cabeza lentamente, negando.

Sus ojos rasgados, profundos, quietos, eran un enigma.

Ben prosiguió:

—Por si Frankie fracasaba, nosotros ya teníamos decidido lo que había que hacer. Yo me encargué de enviar cartas a todos los

comprometidos, recordando nuestro juramento y citándonos aquí y a esta hora. Durante cinco días estaremos jugando a los naipes.

—¿Con qué objeto? —preguntó ella.

—Verá. Dentro de poco nos serán entregadas fichas y jugaremos normalmente al póquer. ¿Conoce el juego?

—Sí.

—Las normas serán las usuales. Al fin de la jornada haremos recuento de fichas. El que tenga menos, es decir, el que haya perdido, será el encargado de acabar con Gunter.

Marta asintió levemente, pero en sus ojos seguía habiendo la misma indescifrable expresión.

—Y las partidas durarán cinco días… —dijo.

—Exacto. Eso significa que prevemos la posibilidad de ir fracasando uno tras otro. El último día, por supuesto, ya no hará falta jugar. Sólo uno de nosotros —dijo dramáticamente—, quedará en esta mesa. Y ese último sí que no podrá fallar. Si es necesario, rodeará su cuerpo de explosivos y se abrazará a Gunter segundos antes de que estallen.

Marta volvió a asentir con un leve gesto.

—Pero hay un inconveniente —dijo.

—¿Cuál?

—Puede que alguno de nosotros tenga interés en acabar él con Gunter. Y se esfuerce por perder.

—Todos nosotros hemos prometido jugar honradamente —dijo Ben—. Y ahora no hablemos más. Debemos empezar las partidas en seguida. Hay que llamar a Ross.

Ross resultó ser el encargado de la barra en el bar del hotel. Era él quien les había hablado de aquel sitio para dirimir la cuestión. Y el que les facilitó fichas, comida, bebida y cuanto pudieran necesitar para no salir de allí en todo el día.

—Ross es un antiguo corneta de nuestro regimiento —explicó Clark—, y también arde en deseos de acabar con Gunter. Pero no le hemos dejado participar en esto porque tiene mujer e hijos.

—¿No se corre el peligro de que Gunter se entere de lo que ocurre aquí? —preguntó Marta.

—Sí, pero es poco probable. Además, ¿qué puede hacer? No vulneramos ninguna ley, y sólo nosotros sabemos cuál es el objeto del juego.

—¿Pero y si envía pistoleros a acabar con nosotros?

—Que lo intente —masculló Grock—. Sería muy divertido. Aunque…

De pronto se detuvo. Todos le miraron expectantes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alexander.

—Ese tipo que me sigue a todas partes, ¿no se habrá puesto de acuerdo con Gunter para vigilarnos?

—Es posible, pero ahora no hay que pensar en eso. Esta misma noche uno de nosotros tendrá que intentar matar a ese perro. Y ahora juguemos. ¿Quién reparte?

—La señora —dijo Ben—. Es cuestión de cortesía.

* * *

Al fin de la jornada, a las nueve de la noche, era Alexander el que tenía menos fichas en su poder. El que había perdido.

Todos se pusieron en pie.

No se habían dado cuenta del paso de las horas. Absorbidos en las partidas, vigilándose recíprocamente los montoncitos de fichas —de los que dependían la vida o la muerte—, el tiempo había transcurrido para ellos como un soplo.

Marta había demostrado que sabía jugar bien. Aunque quedó clasificada inmediatamente antes que Alexander, lo cual significaba que si al siguiente las cosas seguían el mismo rumbo, y Alexander fracasaba, ella sería probablemente la encargada de dar el golpe.

Pero eso no parecía importarle. Estaba bastante optimista cuando tendió la mano al elegido.

—Le felicito, Alexander. Y espero que tenga suerte.

—Gracias. No fallaré.

—Eso indicará que las partidas habrán terminado —rió sonoramente Ben.

—Ya podremos quemar las cartas.

—Yo propongo una idea mejor —dijo Clark—. Las ensuciaremos en una cuadra y luego las arrojaremos sobre la tumba de Gunter.

La idea fue aceptada por unanimidad, entre risas y palmadas a la espalda. La única que permaneció un poco alejada de toda aquella alegría fue Marta. Al fin Alexander se dispuso a salir.

—Espero que paséis buena noche —dijo—. Yo voy a divertirme un rato. Tendréis noticias mías mañana.

Y salió.

CAPÍTULO III

Gunter vio cómo la chica acababa de ajustarse el vestido y lanzó un sonoro bostezo.

Había pasado el día entero con ella y ahora empezaba a sentirse cansado.

«Las chicas, cuanto más bonitas son, más cansan», pensaba.

—Vuelve al hotel —le dijo ásperamente.

—¿Piensas dormir, cariño?

—¿No ves que estoy bostezando?

—Vendré mañana —prometió la muchacha.

—Te avisaré.

—Como tú decidas, cariño.

Hizo «chup, chup» con los labios y besó a Gunter, quien la despidió con un gesto de aburrimiento.

Luego se sentó unos momentos ante la mesa de su despacho.

Necesitaba contestar unas cartas y preparar un viaje a Washington. Era necesario ampliar su influencia política en la capital. Había mucha gente que le odiaba, y él no se hacía demasiadas ilusiones sobre su futuro. Pero si lograba ganarse la confianza de la gente de Washington, quizá podía obtener buenos beneficios mientras durase su cargo.

Se puso a escribir.

Llegó a olvidar el transcurso del tiempo mientras estaba embebido en aquel trabajo. A su lujosa casa, envuelta en el silencio de la noche, no llegaba ningún rumor.

Por eso oyó más perfectamente el chasquido de aquella puerta. Y se volvió con fulminante rapidez, mientras metía la mano derecha en el cajón central de su mesa.

—Demasiado tarde —dijo, a su espalda, una voz metálica—. Las

manos bien quietas.

El senador se volvió, mientras temblaba su mandíbula.

El hombre que había producido aquel chasquido en la puerta, estaba ya dentro de la habitación. Y como había dicho, era demasiado tarde. Su revólver le apuntaba al centro del cráneo, y resultaba ya inútil cualquier esfuerzo de Gunter para defenderse.

El senador masculló:

—¿Quién es usted? ¿Un ladrón?

—Algo más que eso, amigo.

—Yo tenía un hombre vigilando la puerta de esta casa. ¿Qué ha sido de él?

El explosivo gesto del otro, pasándose un dedo por el cuello, le hizo estremecer.

—En mi regimiento aprendí a rebanar pescuezos. Allí lo hacía durante las cargas de caballería, con sable, pero también me salen bien las cosas con el cuchillo. Hasta le diría que quizá mejor. Creo que con el tiempo llegaré a ser un artista.

Gunter se estremeció de nuevo.

—¿De qué regimiento habla? —musitó.

—Del VII de Alabama. Lo mejor de la caballería sudista. ¿Pero es posible que no me recuerde, coronel?

—Yo… mandé ese regimiento.

—Sí, claro. Y yo tuve el dudoso honor de ser uno de sus oficiales.

—¡Usted! Deje…, deje que lo recuerde. Ahora me parece precisar… ¡Usted era el teniente Alexander!

—No sabe cuánto me honra el que usted tenga tan buena memoria.

—¿A qué… ha venido… aquí?

—¿Aún lo duda?

—¿No pensará… matarme?

—No lo pienso. Lo voy a hacer.

Las gordezuelas manos de Gunter temblaron un momento, mientras improvisaba un gesto de inocencia.

—¿Tengo derecho a saber por qué?

—Debería saberlo, pero se lo diré. Hasta a los peores condenados a muerte se les lee la sentencia. Usted traicionó a nuestro regimiento; fue culpable de su destrucción. Y el premio ha

sido… esto.

Señaló con desprecio la lujosa habitación, donde aún olía intensamente a perfume de mujer.

Gunter tartamudeó.

—Se equivoca, Alexander.

—¿De veras?

—Van a cometer conmigo un monstruoso error. Y puedo demostrárselo con pruebas.

—No me interesa.

—Usted me matará a mí, pero el verdadero culpable seguirá vivo. No sé qué va a conseguir con eso.

—¡Repito que no me interesa!

—Está bien; entonces dispare.

—Eso es justamente lo que voy a hacer.

—Usted y sus amigos no se reirán mucho cuando conozcan la verdad algún día. Pero entonces ya será demasiado tarde.

Alexander parpadeó un momento.

No podía negar que aquel tipo hablaba con aplomo.

—Si intenta ganar tiempo, le advierto que su esfuerzo será inútil —dijo Alexander—. Me he convencido ya de que en la casa no hay nadie más. Para salvar su dudosísima reputación, siempre se queda solo cuando recibe a una chica.

—Eso le convencerá de que digo la verdad. ¿Qué podría pretender mintiendo?

—De todos modos, mi decisión está ya tomada —masculló Alexander—; aunque no mostrase pruebas de que el culpable es el propio presidente de los Estados Unidos, nadie le libraría de lo que va a suceder.

—Cuando vea esas pruebas se sorprenderá —masculló Gunter—. Se sorprenderá tanto que no querrá creerlo de ninguna forma.

—¿Las tiene a mano?

Gunter señaló con el mentón un maletín negro que descansaba sobre una mesa, en el centro exacto de la habitación.

—Ahí.

—Parece como si me estuviera esperando…

—Sabía que esto tenía que suceder. Y estoy dispuesto a que se conozca la verdad.

—Muy bien. Por ver eso no se pierde nada. Pero saque el

revólver que tiene en el cajón. Con dos dedos solamente.

Gunter obedeció.

Tomó el revólver con las yemas de dos dedos y lo dejó caer al suelo y a distancia, como si el objeto apestase.

—Muy bien; puede abrir el maletín.

Gunter se acercó a él.

—Un momento —dijo Alexander.

—¿Qué ocurre?

—La trampa está demasiado clara.

—No le comprendo…

—Dentro del maletín tiene un revólver cargado. Y disparará desde dentro sin que yo me dé cuenta. A otro perro con ese hueso, amigo.

—¿De veras desconfía?

—Sería un estúpido si no lo hiciese. Abriré el maletín yo mismo.

—Como quiera, pero no es necesario.

Alexander sonrió secamente.

—Eso lo veremos, amigo. Y voy a introducir la mano con el revólver, porque a lo peor me decido a disparar desde dentro, como pensaba usted hacer, pequeño hijo de zorra…

Gunter estaba muy pálido.

Pero se encogió de hombros con indiferencia.

—Usted es el que manda aquí, y por lo tanto hará lo que le plazca. Abra si quiere.

Alexander alzó el seguro del maletín, lo abrió bruscamente e introdujo la mano armada sin dejar de mirar a Gunter, atento a los menores movimientos de éste.

Si lo que quería era meterle en una trampa, iba listo.

Pero de repente, Alexander lanzó un grito de dolor, de sorpresa, de terrible asombro.

No había imaginado una trampa como aquélla. No había imaginado lo que en verdad sucedió.

Cuando sacó la mano armada, mientras repetía su grito de dolor, la serpiente aún estaba mordiendo sus dedos.

Era una serpiente marrón, viscosa, larga. En su cabeza triangular, las glándulas estaban hinchadas de veneno. Furiosa por el largo encierro a oscuras; seguramente hambrienta, atacaba la mano del hombre con una rabia feroz. El dolor y la sorpresa

hicieron que Alexander soltase el revólver, olvidándose de su tarea más urgente: Disparar. Morir matando.

La serpiente cayó al suelo también, pero rabiosa aún, culebreó y atacó entonces las piernas de su víctima. Mientras tanto, Gunter reía siniestramente.

—¡Supe que tú querrías abrir el maletín! —masculló—. ¡No podía fallar!

Vio a su enemigo desplomarse. Con gesto de dolor y de incredulidad, Alexander se miró aún la mano derecha, mordida por cuatro sitios distintos. Sentía ya el veneno hinchando sus venas, circulando por su sangre. Con un violento esfuerzo intentó apoderarse del revólver que antes había dejado caer.

Pero Gunter lo apartó de un puntapié.

Seguía riendo siniestramente, con más alegría cada vez. Con una satisfacción que se iba haciendo satánica.

Recuperó el revólver que había dejado caer y voló la cabeza del reptil para no ser atacado a su vez.

Pero no disparó contra Alexander. Por el contrario lo estuvo mirando, sonriendo con sus labios carnosos hasta que el joven exhaló su último suspiro.

CAPÍTULO IV

La campana de la iglesia estaba tañendo a muerto. Tres hombres y una mujer iban detrás del carro que transportaba dos ataúdes.

En uno de ellos descansaba el ahorcado Frankie, al que ya no consideraban prudente tener por más tiempo en una habitación. En el otro descansaba Alexander.

Los tres hombres tenían las facciones impasibles, como talladas en piedra.

Diríase que ésta era también la actitud de la hermosa mujer vestida de negro que les acompañaba en la fúnebre ceremonia. Pero a los cuatro les traicionaban sus ojos; aquellos ojos hostiles que miraban con desconfianza a todas partes. Ojos donde se leía el odio.

La ceremonia duró pocos minutos.

Ambos ataúdes fueron sepultados en una misma fosa, y luego el pequeñísimo duelo se deshizo.

Los tres hombres y la mujer iban en silencio.

Avanzaban por la calle como sombras, bajo el cielo color gris. Desde los porches les contemplaban seres desconocidos, cualquiera de los cuales podía ser un enemigo. Sobre todo era Grock el que más receloso se mostraba.

De pronto dio un codazo a Ben, que iba a su lado.

—¡Mira a ese tipo!

—¿A quién?

—¡A ése que está en el porche, junto a la puerta del saloon! ¡Al más alto!

Ben miró. Pudo identificar sin dificultad al hombre que le señalaban porque verdaderamente resultaba inconfundible.

Era más alto que cualquier otro hombre de los que había en la calle. Tenía unas facciones tostadas por el sol y que se adivinaban

duras como el granito. Su mandíbula era cuadrada, y el dibujo de su boca resultaba cruel. Se adivinaba en él al pistolero que mata sin complicaciones, al hombre expeditivo que se traza un camino, aunque sea sobre una alfombra de cadáveres.

—¿Quién es? —preguntó.

—El que me sigue a todas partes —susurró Grock.

—¿Crees que él pudo haber avisado a Gunter? Indudablemente hay alguien que le ayudó.

—No lo sé. Pero creo cualquier cosa.

—¿No has averiguado nada de él?

—Sólo sé que se llama Norton.

Ben apretó los labios.

—Desgraciadamente hemos de ocuparnos de Gunter ante todo, y eso no nos deja tiempo para nada más. Pero tenemos que estar muy alertas. Anoche, Alexander salió del hotel de forma que le viera todo el mundo, y quizá eso le perdió. El que tenga que actuar esta noche lo hará con más precauciones. Se moverá como una sombra.

Llegaban en aquel momento al hotel y se introdujeron en él silenciosamente.

Desde una de las ventanas de su lujosa casa, Gunter les contemplaba con una sonrisa.

—Ya son sólo cuatro —dijo en voz alta—. Y uno de ellos es una preciosa muchacha…

—¿Qué murmurabas, cariño? —preguntó una voz tras él, al poco.

Gunter miró a la muchacha. No era la misma del día anterior, era otra que no se le parecía en nada.

—Pensaba solamente —dijo con calma—. Pensaba en una cuestión que puede tener mucha importancia…

* * *

Los tres hombres y la mujer se sentaron ante la mesa.

Todo daba una extraña sensación de soledad, de tristeza. No podían apartar los ojos de la silla vacía.

Era como si hubiese desaparecido algo más que Alexander. Como si hubieran desaparecido también el aliento y el valor que los unían a todos.

Se miraron unos a otros. Ahora sólo eran cuatro: Clark, Ben,

Grock y la maravillosa Marta.

Fue ésta la que musitó:

—Bueno, ¿qué esperamos para jugar?

Ben alzó una mano.

—Ya ha visto que esto no es una broma, Marta. Ha estado ante el cadáver de Alexander mordido por la serpiente. Eso le habrá hecho comprender que Gunter tiene procedimientos eficaces y siempre a punto. Por eso insisto en que debería retirarse ahora.

—No voy a hacerlo, Ben.

—¿Sabe que puede morir?

—Y lo acepto.

—¿Sólo por cumplir la última voluntad de Jim?

—Sólo por eso.

—¿Me permite que le diga entonces dos cosas, Marta? ¿Puedo decirle que es la mujer más hermosa y más admirable que he conocido?

Ella se sonrojó levemente, pero ni siquiera le miró.

—Gracias.

—Deberá perdonarme, pero celebro que esté usted aquí en lugar de Jim.

Grock le dio un codazo.

—Eh…, tú… ¡Menos cortejar a la viuda!

—No la cortejaba. Sólo ocurre que…

—Nos conocemos, pajarraco. Tú eres de esos tipos que se casarían cada mes con una distinta. Hala, reparte.

La partida comenzó.

Inicialmente todos tenían el mismo número de fichas.

Marta descartó al principio. Pidió dos naipes. Luego apostó fuerte sobre su juego.

Ben y Clark hicieron lo mismo. Grock se abstuvo porque tenía malas cartas.

—No voy. Estoy aperreado.

—Yo cien más —dijo Ben.

—Doblo.

—Trescientos —musitó Marta.

—Aceptado. Usted habla.

—Pareja de reyes.

—Lo siento, yo tengo póquer de ases. No debiera apostar tan

fuerte a su juego si no está muy segura, muchacha.

—En la próxima partida me resarciré.

—No estoy tan seguro. Y actúe con precaución porque es mucho lo que se juega.

Marta sonrió, como si ya nada le preocupase.

Las partidas se sucedieron durante horas interminables, con suerte variable. Ninguno de ellos se acordaba de comer ni de beber. Y Clark, que no había dormido en toda la noche anterior, no tenía ni siquiera sueño.

Un par de veces, Ross entró con bandejas, pero tuvo que retirarse sin que le hubieran dedicado una sola mirada.

Al fin la lógica se impuso, si es que el póquer tiene alguna clase de lógica.

La noche anterior, Alexander había perdido y Marta le había seguido inmediatamente después, en cuanto al número de fichas en su poder. Eso significaba que, conociéndose el juego como se lo conocían ya, lo razonable era que un día después se mantuvieran las posiciones, Es decir, que Marta quedara última.

Y así fue.

Al terminar la última partida no hizo falta contar las fichas porque la muchacha apenas tenía un par de ellas en su lado de la mesa. El que más había ganado era Grock. Él y Clark se insinuaban como los futuros campeones, es decir, los últimos que tendrían que intentar la gran aventura. En cuanto a Ben, los resultados tampoco eran demasiado brillantes. Era el que había quedado delante de Marta.

Al conocerse la decisión que los naipes habían adoptado, un pesado, agotador silencio reinó en torno a la mesa.

Ninguno de los tres hombres se atrevía a mirar a Marta. Ninguno osaba decirle: «¡Hala, chica! ¡Prepárate a morir!».

Al fin fue ella la que despegó los labios.

—Está bien —dijo—. Me prepararé para salir, Y mañana celebraremos juntos esto.

Ben chascó los dedos.

—Podríamos jugar una última partida. Una partida de desquite.

—Es inútil. Todos tenemos muchas más fichas que ella. No conseguiría recuperar.

—Es que…

—Mira, chico —le interrumpió Grock—, a ver si somos formales de una vez. A ver si te olvidas de que tienes delante a una mujer. Ella está sustituyendo a Jim, ¿no? Pues imagina que es Jim el que se sienta en ese lado de la mesa.

Ben fue a objetar algo más, pero la muchacha ya se había puesto en pie.

—Dejen de discutir por mí —pidió—. Cuando entré aquí ya lo hice aceptando todas las consecuencias.

Y fue al dormitorio que le había sido asignado, y donde descansó la noche anterior.

Los tres hombres también se levantaron.

Tenían los músculos anquilosados. Necesitaban desesperadamente algo de acción.

—Saldré al bar dijo Grock. —Quiero tomar algo.

—Tómalo aquí —dijo Ben.

—Es que aquí me falta el aire.

Y fue a salir, Clark decidió:

—Te acompaño.

—No queréis ver a la chica, ¿eh? —refunfuñó Ben—. No sé hasta qué punto nos hemos portado bien con ella.

—¿Qué querías? ¿Qué perdiéramos intencionadamente? ¿Era éste un asunto entre personas de honor o no…?

—Sí, tienes razón. Pero maldita la gracia que me hace.

—Olvídalo. ¿Y sabes lo que te digo? Ella liquidará a Gunter con más facilidad que nosotros. Las mujeres son como las serpientes. No las oyes venir y… ¡zas…!, ya te han mordido.

Los dos hombres se alejaron. Ben quedó solo, respirando el silencio de la sala.

No oía más que el taconeo de Marta al ir de un lado a otro de su habitación.

Ben cerró los ojos.

Pero aquel taconeo le obsesionaba.

Imaginaba los cadenciosos movimientos de la muchacha, que se estaría cambiando de ropa tal vez.

Y pensaba que, a poco mal que fueran las cosas, ya no volvería a verla.

De pronto apretó los puños.

La tentación fue más fuerte que él.

Se acercó a la puerta de la habitación de Marta y la empujó sin llamar. Se detuvo en el umbral.

Ella estaba vuelta de espaldas. Se volvió bruscamente.

Y lanzó un leve gemido.

No era para menos, porque sólo llevaba encima sus prendas más íntimas. Se estaba cambiando de vestido cuando Ben la sorprendió.

Con voz espesa susurró:

—Marta…

—¿Qué hace aquí? ¡Váyase!

—Quiero decirle que…

—¡Váyase!

—Me vuelves loco, Marta. No he hecho más que pensar en ti desde la primera vez que nos vimos. Quiero decirte que…

—¡No tienes que decirme nada!

—Haré el trabajo en tu lugar.

—Eso no es lo acordado. Me ha correspondido a mí, y yo lo haré. ¡Y ahora vete!

—Eres viuda —jadeó—. Nada impide que te cases conmigo. Nada impide que tú y yo…

Ella pareció ceder en el primer instante, inmovilizada por la sorpresa. Pero si Ben esperaba facilidades, la verdad fue que se equivocó en redondo.

Bruscamente, Marta le golpeó detrás de la rodilla y le hizo vacilar. Un hábil e inesperado codazo al mentón terminó con Ben en tierra antes de que éste supiera lo que sucedía.

Nunca le había ocurrido una cosa igual. Él no estaba acostumbrado a aquella lucha cuerpo a cuerpo donde los tacones y los codos jugaban mucho más que los puños.

Pero además la situación había cambiado en otro sentido. Un pequeño revólver descansaba ahora entre los dedos de Marta.

—Fuera de aquí —dijo—. O me entrenaré contigo antes de matar a Gunter.

Él se incorporó poco a poco, pasándose el dorso de la mano por la boca.

—Me acordaré de esto —dijo sordamente—. No creas que soy un niño. Cuando una cosa me interesa de verdad, la consigo.

—Y no creas que yo soy una niña.

—Eso ya se ve —dijo Ben.

Y cerró bruscamente la puerta.

Fue también al bar del hotel para beber. Para beber, si era posible, una botella entera.

CAPÍTULO V

Marta no salió por la puerta principal del hotel, como había hecho Alexander. No estaba dispuesta a que nadie la siguiera.

Lo que hizo fue emplear la salida de mercancías y ocultarse en uno de los carros que hacía el suministro, y que siempre estaban trajinando de un lado para otro.

El carro no tardó en salir, sin que nadie advirtiera su presencia. Iba hacia las cuadras, situadas en un extremo de la población.

Marta se descolgó ágilmente en un lugar donde nadie podía verla.

Cualquiera que vigilase el hotel creería que aún continuaba allí. Pero iba a llevarse una buena sorpresa.

Se dirigió, por un porche oscuro, a la casa de peor fama de la ciudad entera. Era muy discreta, sin embargo, y sólo la visitaba gente que pasaba por ser distinguida. Marta ya se había fijado en ella cuando llegó allí, y se había trazado un plan.

Entró por una puerta de servicio que ningún hombre usaba. Se encontró en un pasillo oscuro y largo.

Al final de éste había unas escaleras.

Subió por ellas.

Llegó así a un pequeño vestíbulo donde había seis puertas, cada una de ellas ostentando una tarjetita donde podía leerse un nombre femenino.

Marta eligió la tarjeta que decía: «Molly».

Entró sin llamar.

La chica que estaba sentada ante el tocador quedó petrificada al verla. Era muy bonita y joven. Se estaba retocando los labios para ponerlos a tono con el vestido que llevaba encima, de un suave tono color rojo.

Su sorpresa duró sólo un instante, porque en seguida lanzó una burlona carcajada.

—¿Quién eres tú? ¿Una *amateur*?

—Quiero hablar contigo.

—¿Ah, sí? ¿De qué?

—De trabajo.

—Mira, preciosa, mi trabajo es muy especial, aunque tú también puedas hacerlo. Pero aquí no admitimos bromas ni interferencias. El dueño tiene muy mala sangre. De modo que lárgate.

Marta depositó sobre el tocador, suavemente, un billete de cien dólares.

—Esta mañana, cuando venía de un entierro, te he visto en una de las habitaciones de Gunter —murmuró—. Tú estabas con él, medio asomada a una ventana. Las mujeres parece que no nos fijemos en nada, pero nos fijamos en todo.

—En eso tienes razón. Yo también te he visto.

—¿Y sabes en qué hotel me alojo?

—Sí.

—Puedes ganarte otro billete como éste si entras sin que nadie te vea por la puerta de servicio. Hay allí tres hombres que tienen alquiladas cinco habitaciones. Les dices que te envío yo.

Molly le miró recelosamente.

—¿Con qué objeto?

—Ellos comprenderán. Sólo se trata de que bebáis y de una forma que os oigan. Nada más. Cualquiera que esté en el saloon vigilando, tiene que pensar que allí hay una mujer.

—Ah, ya… Y mientras tanto tú emprendes el vuelo.

—Sí, preciosa.

—Algún asuntillo, ¿eh?

—Un asuntazo.

—Bien, bien… Si no es más que eso aceptaré. Precisamente ésta es mi noche libre. ¿Pero cómo has sabido mi nombre, rica?

—Me fijé en vosotras desde que llegué a la ciudad. Y me fijé también en esta casa.

—De acuerdo. ¿Cuándo cobraré los otros cien?

—Mañana por la mañana sin falta. Te los dejaré en un sobre a tu nombre en el mostrador del hotel.

—Bueno. Pero que esos tipos no me molesten, ¿eh? Estoy

cansada. Los hombres son todos iguales. Me dan asco…

—Después de estar con quien has estado, lo comprendo muy bien.

—Oye, rica, ¿por qué no te metes en lo que te importa?

—Es que eso me importa, muñeca. Buenas noches.

Y Marta salió de allí tan silenciosamente como había entrado. Un momento después se encontraba de nuevo en la calle.

Pero no fue directamente a la casa donde vivía Gunter. Primero —y siempre andando por la parte posterior de las casas, por las zonas más oscuras—, se dirigió a otro hotel que conocía muy bien. Entró también por una puerta posterior que tenía perfectamente estudiada. A aquella hora no había nadie en las dependencias de servicio. Ascendió unas cortas escaleras de madera, cuyos peldaños no crujieron, y se encontró en un largo pasillo. Golpeó con los nudillos, según una señal convenida, en la primera puerta de la izquierda.

Alguien le abrió rápidamente. Era un hombre.

Un hombre que llevaba varios días sin salir de aquella habitación.

Susurró:

—Marta…

Y sin que ella se moviera, la estrechó ansiosamente en sus brazos.

* * *

Una cosa tenía a su favor Marta, y era el hecho de que Gunter no podía esperar que el segundo golpe contra él, fuera a realizarse tan pronto.

Sin duda el senador estaría confiado, principalmente si alguno de sus secuaces vigilaba el hotel y sabía que allí continuaban reunidos tres hombres y una mujer.

Marta, para entrar, eligió el procedimiento más sencillo del mundo. Simplemente llamó a la puerta.

Abrió un individuo con aspecto de pistolero elegante, y de unos treinta años de edad. No demostró sorpresa al verla, pero sus ojos despidieron chispitas de admiración.

—Hola, preciosa. ¿Tú aquí?

Aquel tipo no la había visto nunca. En eso confiaba Marta.

—Me envían de Chez Moritz —dijo, repitiendo el nombre del tugurio donde poco antes había contratado los servicios de Molly.

—Pero eres nueva, ¿no?

—He llegado hoy.

El pistolero lanzó un silbido.

—¡Por cien legiones de buitres! ¿Y de dónde?

—Soy del Norte De Boston.

—Preciosa muñeca… Nunca ha habido en Chez Moritz una mujer como tú, ni creo que vuelva a haberla. ¿Te espera el jefe?

—Eso me han dicho.

El pistolero arqueó una ceja.

—Ese hombre es inagotable… Bueno, sube tú misma y le das una buena sorpresa. En lo alto de esas escaleras verás un pasillo. Síguelo y llama a la última puerta; es su habitación.

—Bien. Muchas gracias.

Ella subió, mientras los ojos admirados del otro iban siguiendo todos sus movimientos.

—Y además… —balbució desde abajo— eres una chica fina…

—Procuro no resultar vulgar. Buenas noches.

—Buenas noches, muñeca.

Marta apretó con decisión los labios mientras se dirigía a la puerta del fondo, a la que le había señalado el pistolero.

Estaba dispuesta a no perder tiempo.

Si Alexander murió, si fue mordido por una serpiente venenosa, debió ser porque dio tiempo a Gunter para que reaccionara. Gunter debía tener preparadas una serie de trampas, y no había que dejarle tiempo para que las usase.

En cuanto él abriera la puerta, le dispararía a bocajarro las dos balas de su «Derringer». Precisamente por ser tan sencillo su plan, no podía fallar. Sólo hacía falta no vacilar en el momento decisivo.

Golpeó con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz.

La odiada voz de Gunter.

La muchacha contuvo la respiración. Había llegado el momento. Su corazón latía sordamente, haciéndole daño, mientras sacaba su «Derringer» y amartillaba los dos cañones.

Empujó la puerta.

Vio un lujoso despacho con varios muebles y, sobre todo, una

mesa, en la cual, de espaldas a ella estaba escribiendo un hombre bien vestido a quien no le fue difícil reconocer pese a no verle la cara.

—¿Gunter? —murmuró.

—Sí. ¿Quién eres tú?

Marta no le quiso dar ni la oportunidad de que se volviese. Mejor no perder un solo segundo. Además, un perro como aquél tenía que morir de espaldas.

—Quiero esto —murmuró.

Y descargó instantáneamente las dos balas del revólver, apuntando la cabeza.

El hombre lanzó un breve chillido, y sin tiempo para volverse se desplomó sobre la mesa. Un brusco reguero de sangre cayó sobre las cuartillas que en aquel momento estaba escribiendo.

Marta exhaló un suspiro de alivio, de satisfacción. Bueno, ya estaba hecho.

Ahora sólo tenía que hacer unas cosas muy sencillas: Atravesar aquella habitación, abrir la ventana y descolgarse por ella hasta la calle. Era ágil, joven y tenía fuerza. En menos de un minuto estaría libre.

Fue a cruzar la habitación. Pero en ese momento dos brazos cayeron sobre su espalda, ciñéndola, y la inmovilizaron. Un aliento caliente, espeso, quemó su nuca.

Ella, se revolvió, mientras oía una risita burlona a su espalda. Intentó liberarse, pero el hombre era más fuerte que ella.

Logró girar la cabeza, desesperada, para ver quién era el que la estaba atacando. Y entonces, estuvo a punto de lanzar un grito de horror. Porque el que se encontraba tras ella era… ¡Gunter!

* * *

Aunque Marta aún conservaba el revólver, éste era en sus manos como un objeto de lujo. Solamente tenía dos balas, y ella las había gastado ya. En cambio, Gunter apretaba un «Colt-Frontier» en su mano derecha.

La muchacha no salía de su asombro. Sentía todo su cuerpo recorrido por un estremecimiento de horror.

Miró hacia la mesa y distinguió entonces bien al hombre a quien acababa de matar. Era un tipo parecido a Gunter si se le miraba de

espaldas. Tenía la misma estatura y aproximadamente la misma gordura, pues Gunter estaba grueso. Pero lo que le hacía exactamente parecido a él era el cabello; porque el cabello, eso sí, era idéntico.

Eso era lo que más había confundido a Marta, al disparar precipitadamente, dispuesta a no perder un segundo.

Gunter rió ladinamente.

Con la mano izquierda, sin dejar de apuntarla con la derecha, levantó la peluca que llevaba puesta. Debajo no había sino una reluciente calva.

—Siento haber tenido que revelarte uno de mis pequeños secretos —dijo—. Pero siempre uso peluca, y los hombres que me sustituyen suelen llevar una de las que yo tengo como repuesto, todas iguales. Como ése…

Señalaba al muerto. La muchacha se llevó una mano a la boca para ahogar un grito de horror, porque la sangre iba goteando sobre la alfombra en la cual ella estaba tendida.

—Es uno de mis criados —murmuró Gunter—. Siempre procuro tener al menos uno que de espaldas se parezca mucho a mí. Y eso ha sido lo que te ha engañado, muñeca.

Ella apenas tuvo fuerzas para balbucir:

—¿Es que… esperaba que le atacasen?

—Nunca se puede estar seguro. Y ese buen amigo iba a pasarse ahí escribiendo la mayor parte de la noche, de espaldas a la puerta, constituyendo una tentación demasiado fuerte para cualquiera que quisiese acabar conmigo. Le prometí cien dólares por este trabajo, pero ahora ya no hará falta que se los dé. Descanse en paz.

Marta estaba muda de horror.

Se daba cuenta de que Gunter era astuto, mucho más astuto de lo que ellos habían imaginado, y se daba cuenta, sobre todo, de que ahora estaba perdida.

El revólver la apuntaba al centro de la cabeza.

Supo que Gunter iba a disparar y que unos segundos más tarde ella estaría también en postura grotesca y con el rostro tinto en sangre, como el cadáver que yacía tan cerca.

Pero eso era para ella una liberación. La muerte era mejor que estar en manos de Gunter…

—Vamos, ¿a qué espera? —masculló.

—¿Para disparar?

—¿No es eso lo que va a hacer?

Otra vez la risita maligna de Gunter hirió sus oídos.

—Tienes mucha prisa…

Marta volvió la cabeza. Alguien más había llegado a la puerta. El pistolero que poco antes la abrió estaba mirándola ahora con ojos desencajados.

—Eres demasiado bonita para morir —susurró Gunter. De pronto su voz se hizo áspera y ruda—: ¡Vamos, Charlie, sujétala! ¡Va a arrepentirse de haber nacido!

Ella arrojó desesperadamente su «Derringer» a la cara del pistolero e intentó defenderse luchando con las uñas, con las piernas y con los dientes, pero nada consiguió. Los dos hombres a la vez eran más fuertes que ella, y además emplearon procedimientos expeditivos.

Dos veces la muchacha fue golpeada en la nuca, hasta que cayó desmadejada, inerte sobre la alfombra.

CAPÍTULO VI

Grock paseaba impaciente de un lado a otro de la habitación, con las manos a la espalda.

Ninguna de las bromas de Molly le hacía gracia; y no le distraían tampoco las exhibiciones de piernas que ella hacía al sentarse, mientras vaciaba con la mayor tranquilidad vasos enteros de *whisky*.

Al final, Molly ya no sabía lo que decía. Estaba borracha.

Grock dijo con desprecio:

—Más valdrá que la llevemos a la cama. Se va a poner a roncar de un momento a otro.

Sus dos compañeros asintieron.

Todos tenían la misma expresión preocupada. Y también paseaban con las manos a la espalda.

Tomaron en sus manos a la muchacha y la depositaron sobre una de las camas. Molly ni se dio cuenta. Sólo dijo a media voz:

—Oh, cariño, qué picarón eres…

Grock gruñó:

—A ver si te doy un guantazo…

Luego los tres hombres volvieron a la sala de juego.

Tenían la sensación del tiempo metida en sus cabezas. Constantemente miraban sus relojes, y les parecía que nunca los minutos acababan de transcurrir.

Ben susurró:

—No ha tenido mala idea Marta al traer a esa chica. Así, si alguien nos vigila, creerá que nadie ha salido.

—Pero por el momento nadie sabe nada —masculló Grock—. Si hubiese triunfado, ya habría tenido tiempo de volver.

—No quiero pensar en un fracaso.

Ben apretó los labios.

—Pues me parece que ya debemos ir acostumbrándonos a la idea —murmuró Clark—. Tarda demasiado.

Grock apretó los puños.

—Yo no resisto más aquí. Me largo.

—¿Adónde?

—No sé… A dar una vuelta. No aguanto más esta tensión. Y quizá en la calle averigüe algo.

—De acuerdo, Grock, pero no olvides una cosa; no puedes arriesgarte.

—¿Arriesgarme a qué?

—A que te maten. No te metas en ningún jaleo. Tú no puedes disponer de tu vida hasta que Gunter haya muerto.

—No tengáis miedo. No me perderé el honor de acabar con ese tipo…

Y salió.

La calle Principal de la ciudad, en contra de lo que había pensado, estaba bastante animada.

Acostumbrado a los largos encierros, sin ver otra cosa que los naipes, Grock había llegado a perder la sensación de libertad que producen el bullicio y el aire cargado de música y de voces de una ciudad donde todo está permitido.

En los saloons había mucha gente. No se veían apenas chicas, pero las que se veían resultaban provocativas y hermosas. Claro que después de ver a Marta cualquiera de las otras resultaba un adefesio.

Grock se dirigió a un saloon.

A través de la puerta llegaba la música de un alegre baile. Se distraería un rato. No podía soportar ya aquella tensión; trataría de olvidarlo todo hasta que volviese María.

Pero no llegó a empujar los batientes.

De pronto una voz seca le detuvo.

—Grock…

El gigantón se volvió.

Vio aquella expresión de piedra, aquellos ojos metálicos que desde un tiempo atrás le seguían a todas partes.

Con voz ronca masculló:

—Norton…

A pesar de encontrarse en una zona de calle por la que pasaba

mucha gente, tuvieron desde el primer momento la sensación de estar solos. Una sensación que hizo pasar por la espalda de Grock el estremecimiento frío del peligro.

Norton avanzó dos pasos.

Acababa de descender del porche, Estaba ahora a unos siete pasos de Grock.

Norton era tan alto como él, pero más delgado. Se le adivinaba fuerte; sus ojos eran los de un hombre que ha pasado la vida entera desafiando al peligro.

—¿No te dice nada mi apellido? —preguntó Norton.

—No… Nada…

—Pues debiste oírlo en Atlanta hace dos años.

—No lo recuerdo.

—Lo que sí debes recordar es que entraste con tus hombres en una casa desde la que suponíais que os habían tiroteado.

—No lo sé… Eran cosas de la guerra. Uno vivía un poco como las fieras, y luego se olvidaba de todo.

—Había quien luchaba como una fiera y quien luchaba como un caballero.

—¿Qué quiere decir?

—Ninguno de tus compañeros, por ejemplo, hubiera hecho lo que tú hiciste entonces.

Grock se impacientó. Notó que las manos empezaban a sudarle. Un febril deseo de empuñar de una vez el revólver se apoderó de él.

—¿De qué infiernos estás hablando? —masculló.

La voz metálica de Norton volvió a llegar hasta él, tría e imperturbable.

—Allí no había más que un muchacho. Tendría unos quince años. Sin averiguar nada, lo hiciste fusilar.

Grock tragó saliva penosamente, mientras cerraba un momento los ojos.

—Aquel muchacho… Sí —farfulló—. Nos había tiroteado por la espalda. Y era un paisano, es decir un francotirador. Las leyes de guerra nos permitían fusilarlo.

—Pero tú no te molestaste en averiguar nada. No quisiste detenerte a pensar que el verdadero tirador podía haber huido. Y menos que un muchacho de quince años no sabe lo que se hace.

Grock arrugó el ceño.

—Bueno, ¿a qué viene eso? Es posible que me equivocara. ¿Y qué?

—Los errores sólo se cometen una vez, Grock.

—¿Pero a ti qué infiernos te importa lo que sucedió?

—Aquel muchacho era mi único hermano —dijo secamente Norton—, y desde que vi su cadáver he estado pensando en matar al hombre que hizo aquello. He tardado en dar contigo, Grock, pero ya estás aquí.

Grock palideció.

Se dio cuenta de que aquello era un desafío, un duelo a muerte.

La derecha de su enemigo ya rozaba la culata del revólver.

Pero Grock era un excelente tirador, y además estaba bien entrenado. Lanzó una imprecación mientras movía a su vez la mano derecha.

Estuvo seguro de que iba a triunfar. Su enemigo era demasiado estático, demasiado indolente. Daba la sensación de estar pensando aún en el cadáver del pequeño.

Llegó a tirar de la culata.

Puso el revólver en línea de tiro.

Y de repente vio aquella luz color naranja, aquella especie de resplandor que penetraba por sus ojos.

No se dio cuenta de que le habían atravesado la cabeza. No se dio cuenta tampoco de qué caía de espaldas a tierra, mientras en la calle sonaba un grito de horror.

Norton, que había hecho un fulminante movimiento en el último instante, guardó el revólver poco a poco mientras contemplaba el cadáver de su enemigo.

—Misión concluida… —susurró.

El disparo había sonado muy cerca del hotel en que se encontraban Ben y Clark, y ambos lo oyeron perfectamente. Una especie de instinto les hizo comprender que Grock tenía algo que ver con aquello.

Salieron a la calle inmediatamente y aún pudieron ver a Norton mientras encajaba el revólver en la funda, frente al cadáver de Grock.

Clark dio un codazo a su compañero.

—Lo ha liquidado… ¡Debe ser un agente de Gunter!

—No, no creo que se trate de eso. Es el que dice qué le seguía a

todas partes. Ha matado a Grock por otra razón.

—¡Pero debemos acabar con él! ¡Hemos de vengarlo!

—Ahora no… Todo llegará a su debido tiempo. Lo único que debe preocuparnos por el momento es eliminar a Gunter… Lo hemos jurado.

Los dos hombres regresaron al interior. Sabían que ahora estaban solos porque ya no les cabía la menor duda de que Marta había sido capturada o estaba muerta. Al día siguiente iban a disputar la partida final.

Ni siquiera se acordaron de recuperar el cadáver de Grock. Tuvo que ser Norton el que se ocupara de eso.

Le pagó un entierro de primera y se bebió a su salud media botella de *whisky*.

* * *

Los dos hombres apenas habían dormido.

Estaban pálidos y ojerosos cuando, a la mañana siguiente, después de desayunar, se sentaron ante la mesa.

Ya sólo eran dos para jugar la última tanda de partidas. Uno de ellos debería intentar liquidar a Gunter aquella misma noche. Y si también fracasaba, debería hacerlo el último.

El único que no podía fallar…

Clark murmuró:

—Da tú mismo.

Ben tomó las cartas. Éstas parecían pesar en sus manos. Y tenía los dedos tan torpes que apenas podía barajarlas.

En aquel momento llamaron a la puerta. Tres discretos golpes muy espaciados, como era la consigna de Ross.

—¿Qué ocurre?

La voz de Ross atravesó la hoja de madera.

—Un caballero desea verles.

—¿Quién es?

—No sé, no le conozco.

—Que pase.

La puerta fue empujada. Y en el umbral apareció entonces alguien que les hizo dar un brinco en el asiento en que se sentaban.

La mandíbula cuadrada. Los ojos metálicos. Las manos grandes que parecían haber sido hechas para la lucha.

Lo mismo Ben que Clark lanzaron al unísono una exclamación de asombro.

¡Era el tipo que había liquidado a Grock!

El recién llegado no pareció afectarse en absoluto por la expresión asombrada de los dos jugadores. Se limitó a hacer una leve inclinación de cabeza.

—¿Puedo pasar?

—Pues…

Ninguno de los dos se atrevió a negárselo.

—Sí. Entre.

La puerta se cerró a su espalda.

El hombre se sentó tranquilamente a un lado de la mesa, como si fuera un jugador más.

—Ante todo supongo que debo presentarme —dijo.

—No hace falta. Sabernos que es el que mató a nuestro compañero Grock y estamos dispuestos a…

—Pero no saben mi nombre —le interrumpió el recién llegado.

—Si lo sabemos, no lo recordamos en este momento.

—Me llamo Norton.

—¿De dónde procede?

De Michigan. Soy el ex comandante Norton, del I de Caballería.

Lo mismo Clark que Ben sintieron que se les abría la boca.

—Un…, ¡un enemigo!

Norton sonrió.

—Exacto. Pertenecí a la caballería nordista, y mi brigada y la suya, chocaron dos veces. Una cerca de Atlanta, la otra cerca de Appomatox. En ambas ocasiones hubo una mortandad.

Ben cerró de golpe la boca.

—El I de Michigan era el único regimiento enemigo que sabía luchar —masculló—. El único que nos puso en apuros.

—Y en Appomatox los aniquiló.

—Entonces ya no éramos los mismos. Habíamos sido prácticamente destrozados gracias a la traición de…

—No hace falta que me lo expliquen. Estoy enterado de todo.

Clark le miraba como si no diera crédito a sus ojos.

—¡Pero mató a Grock! —masculló—. ¿Cómo se atreve a venir aquí? ¿Cómo ha sido capaz de…?

—Para matar a Grock tuve sólidos motivos —le interrumpió

Norton.

—No me dirá que discutieron por una botella de *whisky* y…

—No discutimos por nada. Ni siquiera hizo falta. Grock tenía que morir y murió.

Con palabras concisas, explicó los motivos que había tenido para desafiarle. Y concluyó:

—Le hice el honor de matarle cara a cara cuando en realidad debí liquidarlo por la espalda.

—Se equivoca —dijo Clark—. Grock no era lo que usted cree; y mucho menos un traidor. Grock, era, en todo caso, un inconsciente. Pero quizá lamentó cien veces lo que había hecho.

—Ahora ya no tendrá que lamentarlo.

Ben dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Basta! ¿Es que ha venido a burlarse de nosotros? ¿Qué infiernos quiere?

—Sólo una cosa muy sencilla.

—¡Pues dígala de una vez!

Norton sonrió.

—Quiero ocupar el puesto de Grock.

—¿Qué…?

—Sé lo que han proyectado. Y estoy plenamente de acuerdo en que es algo que debe realizarse.

—Pero… ¡usted está loco!

—Ustedes también lo están si piensan que con sólo sus fuerzas pueden derrotar a la organización de Gunter.

—¡No necesitamos la ayuda de nadie!

—Por supuesto que no. Pero contaban con Grock.

—¡Claro!

—Muy bien. Háganse a la idea de que Grock está aquí.

Ben y Clark se miraron como si no estuvieran seguros de haber oído bien.

—¿Qué interés tiene en todo esto? —murmuró al fin Clark.

—El que pueda tener un hombre que odia a los traidores. Y el que pueda tener un viejo soldado por reconocer la valentía del enemigo, cuando el enemigo supo luchar.

El silencio se hizo en la sala después de estas palabras de Norton.

Hacía tiempo que ni Ben ni Clark oían hablar de ese modo.

Estaban acostumbrados a ser una especie de proscritos, unos hombres dejados al margen de la vida de su país por el hecho de que éste había perdido la guerra.

Pero Norton les hablaba con el lenguaje del enemigo que sabe matar, pero sabe respetar también.

Al fin, Clark balbució:

—¿Sabe a lo que se expone?

—Claro que lo sé…

—¿Y sabe también que, si intenta traicionarnos, le mataremos como a un perro?

—Me parecería una solución muy razonable.

—Está bien; entonces juegue. Usted reparte.

Norton tomó los naipes entre sus dedos gruesos y fuertes, pero increíblemente hábiles.

—Cinco cartas, Ben… —susurró—. Cinco cartas, Clark… y cinco para mí. A ver si tengo suerte.

* * *

Las partidas fueron más disputadas esta vez. Y lo fueron por la sencilla razón de que los tres hombres tenían interés en hundirse, abstraerse en el juego y olvidarse de todo lo demás.

No querían pensar en los naipes, en las combinaciones de figuras y colores. En los caprichos del juego que enviarían a un hombre a morir o a matar.

Norton demostró ser un hábil jugador, o quizá estaba menos nervioso que los otros. Lo cierto fue que ganó a los otros dos de un modo muy destacado. El que al final de las partidas tenía menos fichas a su lado era Clark.

Suspiró con desaliento.

—Bueno, parece que me toca a mí…

—Si no se siente en condiciones me ofrezco a cambiar el turno —dijo Norton.

—No. El juego es el juego. Y además estoy contento de poder ser yo el que acabe con ese perro.

—¿No han pensado en que, uniendo los esfuerzos de todos, sería más fácil eliminar a Gunter? A él le debe resultar más fácil quitarse de encima a unos enemigos que le atacan aisladamente.

—La única manera de acabar con Gunter es la sorpresa —dijo

Ben—. Y la sorpresa puede conseguirla con mucha mayor facilidad un tirador aislado.

—Cierto; no lo discuto.

Los tres hombres guardaron silencio luego. Pero se notaba que al menos dos de ellos estaban pensando en lo mismo.

—Se preguntan qué ha sido de Marta, ¿verdad? —murmuró Norton.

—Sí —dijo Ben—. ¿Por qué negarlo?

—Durante todo el día han estado pensando en ella. Ahora ya saben que por fuerza ha tenido que fracasar, pero les queda la esperanza de que viva. Hasta el último segundo han confiado en que aparecería por esta puerta.

—Sí… Es cierto.

—Desengáñense. Supongo que lo mejor es olvidarse de ella.

Ben chirrió los dientes. Poniéndose en pie, abrió la puerta y llamó al exterior.

—¡Ross!

El mozo del bar se presentó al instante.

—¿Qué ocurre?

—No te hemos preguntado nada intencionadamente, porque en el fondo deseábamos que nadie nos diera la noticia. Pero ya es hora de conocer la verdad. ¿Cuándo ha sido el entierro de Marta?

—Nadie la ha enterrado, Ben.

—¿Eso significa que debe seguir viva?

—Gunter debió capturarla. Y la tiene prisionera.

Ben palideció intensamente. Nunca hubiera supuesto aquello. Le parecía peor que la misma muerte.

—Gracias —musitó—. Muchas gracias, Ross.

Cerró la puerta, volviendo a entrar en la sala. Su rostro parecía ahora una máscara de cera.

—¿Habéis oído? —musitó.

—Perfectamente.

—¿Han pensado en pedir ayuda al *sheriff*? —susurró Norton.

—Resultaría inútil. Gunter es nada menos que un senador. Y además, ¿no es mucho lo que tenemos que ocultar nosotros?

—El que puede pedir ayuda al *sheriff* es Gunter —musitó Clark —. Teóricamente está en su derecho.

Norton se puso en pie.

—Insisto en que el «trabajo» lo quiero hacer yo esta noche.

—Nada de eso —murmuró Clark—. Me corresponde a mí, Y yo no voy a fracasar. Seguro…

Los otros dos le miraron en silencio, mientras comprobaba la carga de su revólver.

CAPÍTULO VII

Clark salió tranquilamente del hotel, pero no se dirigió a la casa de Gunter ni pasó por sus cercanías. Simplemente sacó su caballo de la cuadra y montó en él. Daba la sensación del hombre que piensa dar un paseo de noche.

Probablemente le estarían vigilando, pero eso le importaba poco.

Ya desorientaría a sus perseguidores cuando estuviese fuera de la población.

En efecto, galopando bajo la noche, era muy difícil seguirle. Además Clark dio vueltas y más vueltas, hasta tener la sensación de que nadie podría dar ya con su rastro.

Pero lo cierto era que no parecían haberle seguido. En ningún momento tuvo la impresión de que alguien venía tras él.

Fue entonces a una casa destartalada, casi una choza, que se encontraba cerca de la ciudad.

En aquella choza sólo ardía una leve lámpara de aceite.

Y a su luz, un indio de media edad afilaba un largo cuchillo.

Reconoció en seguida a Clark, cuando éste entró.

—Hola, capitán.

—Hola, Hurón.

—No sabía que estuviera por esta comarca.

—Yo, en cambio, sí que sabía que vivías aquí. Te vi el mismo día de mi llegada; fue una casualidad.

El indio sonrió tristemente.

—No nos habíamos visto desde la guerra, ¿eh?

—Sí, Hurón. Y siempre me acordaré de que tú eras el mejor guía que teníamos en nuestra brigada.

—Aquello ya está lejos, capitán. Todo ha cambiado mucho.

—Pero aún puedes serme muy útil. Y ganarte algún dinero.

Hurón le miró reflexivamente.

—La verdad es que lo necesito. Aquí a un indio se lo cobran todo doble, cuando quieren servirle. Si gano algo volveré a la tierra de los míos y ya no me moveré más de allí.

—Podrás ganar ese dinero fácilmente. ¿Te parecen bien cien dólares?

—Cien dólares… Creo que nunca los he visto juntos.

—Pues los vas a ganar en media hora.

—¿Qué debo hacer?

—Disparar un par de flechas incendiarias contra una casa. Tú eras en eso un verdadero maestro.

—Y sigo siéndolo.

—Te indicaré la casa que es, puesto que yo estaré a tu lado. No hay peligro de que el incendio se extienda, puesto que el edificio está aislado de los otros. Y todos los que se encuentran en él merecen morir, no debes sentir ningún escrúpulo.

—Me fío de lo que me dice, capitán.

—Entonces prepara las flechas cuanto antes.

El indio lo hizo. No era una tarea fácil, si se quería que ardieran bien. Clark le había visto prepararlas varias veces, pero no se atrevía a hacerlo él solo; para aquello era necesario ser un experto.

Hurón preparó cuatro.

Mientras le miraba, Clark se decía que, si Marta estaba prisionera en la casa, correría peligro de morir también. Claro que, después de lo que debía haberle sucedido, a la viuda de Jim ya no le importaría morir.

Pero Clark aún confiaba.

Cuando todos huyesen del incendio, él, colocado en el tejado de frontero, se encargaría de ir eliminándolos. Sólo a Marta respetaría, naturalmente, y era muy posible que ella consiguiese salvarse.

—Vamos.

Salieron como sombras y montaron en el mismo caballo. Hurón dejó encendida la lámpara para dar la sensación, desde lejos, de que seguía en su choza.

Dieron un rodeo a la ciudad.

Y media hora después, sin ser vistos, se detuvieron ante la parte posterior de una casa.

—Aquí vive alguien —musitó Clark—, pero espero que no nos oigan. Subiremos al tejado sin hacer ruido.

—Bien, capitán.

Hurón era un verdadero especialista en eso, y además su calzado de piel no producía el menor ruido. Clark, para estar más seguro, se quitó las botas.

Subieron hasta el tejado sin dificultad.

Y entonces Clark pudo ver perfectamente la casa de Gunter, al otro lado de la calle. Una casa cuyo tejado de madera no resistiría el impacto de cuatro flechas incendiarias.

* * *

Gunter terminó de fumar su cigarro habano. Lo había consumido lentamente, sin prisas, retrasando el momento tan deseado.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Gunter.

Uno de sus hombres entró en la habitación.

—El grupo de Honved ha llegado, senador.

—¿Tan pronto?

—Dicen que han hecho el viaje con toda rapidez, al recibir su mensaje.

—Está bien; hazlos pasar.

El sicario se retiró, y al cabo de unos instantes se oyeron varias botas caminando junto a la puerta.

Cinco hombres entraron.

Todos venían cubiertos de polvo, y bastaba verlos para comprender cómo se ganaban la vida. Lo único de ellos que estaba bien cuidado eran sus revólveres.

Honved era el más alto. Se adelantó un paso.

—Recibí su mensaje, senador.

—Y te felicito. Has llegado muy en punto.

—El precio nos interesa. Mis hombres y yo le protegeremos de modo que nadie se atreverá a acercarse aquí.

Gunter hizo un gesto de asentimiento.

—Os necesito porque últimamente he tenido algunas bajas entre mi personal. Me he dedicado a la vida tranquila los últimos meses, y los hombres de que disponía ya no eran los de antes. Me parecía que los malos tiempos habían pasado, pero los malos tiempos

siempre vuelven. Con vosotros aquí, me siento más tranquilo.

—¿Qué hemos de hacer?

Gunter sonrió, diciendo:

—Veréis…

Y extrajo de uno de los cajones de su escritorio un gran plano de la casa, que extendió sobre la mesa.

Señaló diversos puntos con sus dedos gordezuelos.

—Las zonas peligrosas, desde las que puedo ser atacado, están aquí, aquí y aquí…

* * *

Clark señaló un punto del tejado.

—¿Te parece que sería muy difícil apagar un incendio que empezase por allí?

Hurón cabeceó.

—Es el mejor sitio, capitán.

—Pues empieza, amigo.

El indio prendió fuego a la flecha antes de lanzarla. Sus facciones arrugadas se recortaron un momento al resplandor que él mismo produjo.

Y entonces sonó un disparo.

Hurón lanzó un aullido mientras soltaba la flecha, que cayó inútilmente a la calle. La bala le había atravesado la garganta y era necesariamente mortal. Clark se dio cuenta de eso en el primer instante, mientras aún le dominaba la sorpresa.

Pero en seguida reaccionó. La segunda bala sería para él, sin duda alguna.

Se dejó caer por la vertiente del tejado, mientras dos plomos más picoteaban el lugar. Al menos uno de ellos le hubiera alcanzado caso de no haberse movido a tiempo.

Clark hubo de contener un grito de rabia.

¡Su plan había fracasado!

¡Aquel demonio de Gunter estaba preparado para todo!

Pero en seguida hubo de abandonar aquellos pensamientos para ocuparse única y exclusivamente de salvar su piel. Le tiroteaban, al parecer, desde dos lugares distintos, y los que lo hacían eran profesionales. Estaba acorralado a menos que…

… A menos que se lanzase a la calle.

Hacerlo era muy arriesgado, pero más lo era quedarse quieto. Alguna de las balas terminaría por alcanzarle.

Apretó los dientes y se lanzó.

Pero no había contado con que Gunter parecía tenerlo todo previsto.

Apenas había caído al suelo, cuando el cañón de un revólver se posó en su nuca.

—Levántate, pichón —dijo una voz—. Papá Gunter estará encantado de verte…

CAPÍTULO VIII

Clark no volvió la cabeza. No podía hacerlo porque se lo impedía el revólver del hombre que le amenazaba, y que estaba situado a su espalda.

Él no había soltado su «Colt» al caer, pero comprendió que de nada le servía. Al otro le bastaba un parpadeo para matarle.

La voz volvió a sonar.

—Suelta tu cacharro.

Clark obedeció.

Se sentía lleno de desesperación. Lleno de una espantosa sensación de derrota, de muerte.

—¿Por qué no disparas? —masculló—. ¡Tira de una maldita vez!

—¿Tanta prisa tienes en morir?

Sí, Clark tenía prisa por morir. Al menos Alexander y Marta debían haber llegado hasta el interior de la casa de Gunter, pero él ni eso. Él, que se creía más listo y más preparado que los otros, había hecho un espantoso ridículo.

—Hala, ponte en pie.

Obedeció también.

En aquel momento oyó pasos arriba, en el tejado. Alguien debía haber llegado a donde estaba el cadáver del indio.

Y entonces decidió morir. Decidió volverse y atacar a su enemigo, aunque sabía que iba a ser inútil.

Iba ya a poner sus músculos en movimiento cuando se oyó cerca una aburrida voz:

—¿Es que sólo sabes apuntar a los hombres a la cabeza, hermano? ¿Y a las mujeres? ¿Adónde les apuntas?

El pistolero que estaba amenazando a Clark se volvió como un reptil, girando el revólver.

Y se cansó inútilmente.

Total, para lo que sucedió, se podía haber estado igualmente quieto.

El hombre que acababa de hablarle apretó el gatillo y le clavó una bala entre las cejas. El pistolero apenas llegó a emitir un pequeño gritito.

Clark creyó estar sufriendo una alucinación. Sobre todo cuando, al volver la cabeza, vio al hombre que le había salvado la vida.

—¡Norton!

—Yo siempre he sido partidario del ataque por el flanco —dijo calmosamente el hombre de Michigan—. Lo que pueda hacer un individuo aislado, por muy valiente que sea, no me convence.

Dirigió una ojeada al cadáver.

—A ese fulano lo he visto en alguna parte. Me parece que trabajaba para un tal Honved, y eso significa…

Clark abrió la boca con asombro.

—¡Diablos! ¡Eso significa que Honved se encarga de proteger a Gunter! ¡No conseguiremos nada!

—Hombre, tanto como nada… Por lo pronto ya han de pagar un entierro. Ale, larguémonos de aquí.

Se daban cuenta de que estaban rodeados de enemigos y en una zona muy peligrosa.

Corrieron.

Sólo tenían que atravesar una zona vacía de calle para considerarse a salvo. Más allá, Clark había dejado su caballo.

De pronto una especie de bola de fuego cruzó el aire.

Norton apenas tuvo tiempo de gritar:

—¡Cuidado! ¡A tierra!

Pero su aviso resultó inútil. Clark no fue lo bastante rápido. En aquel mismo momento un alarido espantoso llenó la calle.

Alguien le había disparado desde el tejado donde estaba el cadáver de Hurón, una de las flechas incendiadas. Y ésa se clavó, de modo escalofriante, hasta media caña, en el pecho de Clark.

Norton lanzó un grito de rabia.

Alzó la derecha y apretó el gatillo dos veces. Oyó entonces un alarido en el lugar de donde había partido la flecha.

Masculló:

—Dos entierros…

Una figura se desplomó desde el tejado hasta la calle, levantando una nube de polvo.

Luego Norton dio un par de saltos y se puso a cubierto. No tardó en darse cuenta de que había obrado bien, porque parecían tirotearle desde todas partes.

Esperó a que pasara el chaparrón.

No tenía prisa.

Mientras tanto veía el cuerpo de Clark consumirse en el centro de la calle. Afortunadamente, el ex capitán sudista había muerto en seguida. Y Norton se dijo sombríamente que ahora sólo quedaban Ben y él. Tendrían que jugar la última partida.

O quizá no.

Porque Norton estaba dispuesto a terminar aquella misma noche. Estaba dispuesto a todo con tal de salvar a Marta.

Desde que vio a la muchacha por primera vez, comprendió que ella significaría algo en su vida. Lo supo cómo una evidencia. Fue como un latigazo que desde entonces le había estremecido muchas veces, que le había hecho despertar por las noches y que ahora le daba valor.

Miró la casa y pensó que tenía que entrar en ella. Si no lo hacía así, nunca sacaría de allí a Marta.

¿Pero cómo entrar? ¿Cómo conseguirlo ahora que Gunter y todos sus hombres estaban alerta?

Norton distendió los labios en una suave sonrisa. Había un procedimiento.

Si el grupo de Honved acababa de llegar, era muy posible que los servidores de Gunter no conociesen bien aún a aquellos hombres. Podían confundirse, Y si él fingía ser uno de ellos…

Guardó el revólver, salió de su escondite por entre unos barriles que formaban dos grandes pilas y se dirigió a la casa de Gunter. Llamó a una puerta lateral.

—¡Abrid! ¡Pronto!

Un tipo al que no había visto nunca le franqueó la entrada, pero amenazándole con un rifle «Sharp».

—¡Me envía Honved! —masculló Norton.

—¿A qué?

—¡Hay peligro! ¡He de hablar con Gunter!

—Pasa.

Norton pasó y cerró la puerta a su espalda. Notó que el otro le seguía apuntando.

—¿Dónde está Gunter? —preguntó.

—Arriba. Allí encontrarás a otro vigilante; él te acompañará.

—¿Por qué no me acompañas tú? Tengo prisa…

—No puedo. He de vigilar esta puerta.

—Pues sigue vigilando, muchacho… Sobre todo que no se te cuele nadie.

Dio media vuelta y subió escaleras arriba, dejando al otro sin saber qué pensar.

En efecto, vio arriba a otro vigilante. Un tipo que también llevaba un rifle en las manos.

Pero éste no se fió. Quizá había visto mejor a los hombres de Honved y sabía que él no formaba parte del grupo.

Sólo al ver a Norton ya se echó el rifle a la cara. Norton se detuvo en mitad de los peldaños y se pegó a la pared mientras llevaba la derecha al revólver.

Tiró a través de la funda.

La detonación pareció ensordecer la casa entera, mientras un botón rojo se marcaba en la frente del vigilante.

Pero el de abajo aún veía a Norton. Y se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

Levantó el rifle también, mientras Norton se dejaba caer sobre los peldaños, resbalando per ellos.

Ahora ya había tenido tiempo de sacar su «Colt», y lo movió con más rapidez que el rifle de su enemigo.

El cañón volvió a ladrar. El guardián tuvo tiempo de apretar el gatillo, pero coincidiendo con el impacto de la bala en su corazón. La crispación espantosa de todo su cuerpo hizo que alzara el arma y el disparo se perdiera en el techo.

Norton arqueó una ceja.

Bueno, la cosa no iba mal del todo. Estaba dentro. ¡Pero a qué precio lo conseguía!

Ahora ya no podría despistar a nadie. Había sembrado la alarma. En cierto modo podía considerarse que estaba en la trampa.

Pero no permaneció quieto. Subió al piso superior y corrió a lo largo del pasillo.

Fue abriendo todas las puertas. Tenía que hacerlo al azar y

exponiéndose a lo peor cada vez que quedaba al descubierto.

No vio nada hasta la tercera puerta. Allí distinguió un dormitorio oscuro y a alguien que estaba tendido sobre el lecho.

Era una mujer, pero esa mujer no podía moverse libremente. A pesar de la penumbra, se notaba que estaba atada y amordazada.

Norton entró en aquella habitación.

Sin perder un segundo, y mientras sostenía el revólver con la derecha, sacó con la izquierda el cuchillo que siempre llevaba consigo. Dos tajos le bastaron para cortar las ligaduras de la muchacha. Luego le retiró la mordaza y ella lanzó un suspiro de alivio, pues apenas podía respirar.

—¿Quién es usted? —balbució Marta.

—Eso no importa ahora; lo que hace falta es sacarla de aquí.

—¿Y usted?

—Yo me quedaré; quiero acabar con Gunter.

—No podrá ahora. ¡No sea loco! Está descubierto.

—Ya discutiremos eso cuando haya salido de aquí. Vamos, pronto…

Asomó la cabeza al exterior.

No se veía a nadie por el pasillo, a pesar de que se oían voces en toda la casa.

—Abajo…

—Había un guardián.

—No importa; ya está muerto.

Corrieron velozmente el trecho que les faltaba para llegar a las escaleras. Empezaron a descender por éstas.

De pronto la puerta se abrió. Alguien llegaba desde abajo y recortó su figura en el umbral.

Norton no había visto nunca a aquel tipo, por lo que no le cabía duda de que era un enemigo. Disparó contra él antes de que el otro reaccionase.

Le_ vio caer de bruces mientras lanzaba un rugido.

—Pronto… No hay que perder un segundo.

Salvar a la muchacha le parecía la tarea más urgente. Más que exterminar a Gunter.

Un instante más y se encontraron en la calle. Allí, aparentemente, todo estaba tranquilo. Norton señaló a la muchacha una línea oscura de porches por la que podía avanzar sin ser vista.

—Vete por allí. Llegarás al hotel en un par de minutos.
—¿Y tú?
—Yo aún tengo trabajo.
—¿Es que sigues con la loca idea de matar a Gunter?
—Y lo conseguiré.
—No seas loco. Ahora es inútil.

Norton no era tan tonto como para no darse cuenta de que la muchacha tenía razón, pero su principal característica era la obstinación. Cuando se empeñaba en hacer una cosa, terminaba haciéndola. Y ahora no quería cejar, a pesar de conocer el peligro.

—Te repito que vuelvas al hotel. No pierdas tiempo, muchacha.
—Vuelve conmigo. No lograrás dar ahora con Gunter.

Norton no quiso escucharla más. La dejó sola y se dirigió de nuevo a la casa, agazapándose entre las sombras.

Ahora le rodeaba el silencio.

Tenía la sensación de que estaba solo en la ciudad, pero ésa era una sensación falsa.

Más de dos ojos estarían acechando en las sombras y tal vez vigilando sus movimientos. Si cometía una sola distracción, sería la última de su vida.

Llegó hasta la misma casa de Gunter y se pegó a una de las paredes con el revólver a punto.

No se veía a nadie, pero no por eso se descuidó Norton. Sus acciones impasibles no reflejaban ningún sentimiento, ninguna emoción. Diríase que el suyo era el rostro de un verdugo.

No producía el menor ruido al avanzar, y eso fue lo que le permitió oír un levísimo rumor sobre su cabeza. Como el de un cuerpo que se deslizara sobre una superficie dura.

Alzó el rostro mientras alzaba al mismo tiempo el revólver. Vio al enemigo.

Le estaba apuntando ya desde arriba, desde una de las ventanas, pero no llegó a tiempo de disparar.

La bala de Norton le voló la cabeza. Su enemigo no tuvo tiempo ni de lanzar un grito. Quedó doblado sobre el alféizar y terminó resbalando poco a poco, hasta desplomarse sobre la calle.

«Debía ser uno de los pistoleros de Honved», pensó Norton, mientras le veía caer. A aquel paso, pronto Gunter iba a quedarse sin gente que le protegiera, y sería una presa más fácil cada vez.

Pero Norton había perdido unos segundos preciosos mientras pensaba aquello.

Había olvidado la regla de oro de los que vivían como él: «Piénsalo antes de sacar el revólver, pero una vez lo hayas hecho, actúa y no vuelvas a pensar más».

Mientras él miraba a su enemigo, alguien más se había situado a su espalda, apuntándole a la nuca.

Era un blanco fácil, y su enemigo apretó el gatillo sin vacilar, aunque su nerviosismo le jugó una mala pasada en la última décima de segundo.

La bala que tenía que haber atravesado la nuca de Norton solamente le rozó. Los pistoleros novatos se ponen más nerviosos ante un blanco demasiado fácil —cuando el enemigo es importante —, que ante un blanco difícil. Y eso fue lo que le ocurrió al que estaba a espaldas de Norton.

Pero hubo bastante. El proyectil hizo perder el sentido al joven, que en el momento de caer sintió la angustia de la muerte.

Se desplomó de bruces, soltando el revólver, mientras su enemigo corría hacia él.

CAPÍTULO IX

Gunter asomó por la puerta al oír el último disparo y el gemido que siguió a éste. Había visto lo sucedido desde una rendija de una de las ventanas, y sabía que ahora podía estar seguro. Para protegerle mejor, Honved y otro pistolero se asomaron con él.

Gunter miró al caído.

—Está muerto… —mascullló el pistolero—. ¡Lo he liquidado yo!

—No está muerto, imbécil. La bala le ha rozado tan sólo.

—Bueno, eso se arregla fácilmente…

Y el pistolero apuntó de nuevo hacia la cabeza de Norton. Pero Gunter le detuvo con un gesto.

—Tiempo habrá para eso; antes quiero saber quién es e interrogarle. Entradle.

Entre Honved y sus dos gorilas cargaron el cuerpo exánime de Norton y lo depositaron en uno de los divanes, en el vestíbulo de la casa.

Gunter lo miró. Sus labios estaban curvados en una mueca burlona.

—Ése es más peligroso que los otros —murmuró—. Ha estado a punto de lograrlo.

Hizo una seña para que le trajesen una jarra con agua. Cuando la tuvo, derramó su contenido sobre la cara del joven.

Éste empezó a despabilarse, haciendo un gesto de dolor.

Se llevó la mano derecha a la nuca y la retiró manchada de sangre. El gesto de dolor se repitió.

Daba la sensación de que el herido no se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Al fin abrió mejor los ojos y pudo ver lo que ocurría en torno suyo. Vio, sobre todo, la sonrisa burlona de Gunter.

Éste masculló:

—¿Cuál es tu nombre?

—Norton.

—¿Y qué pretendes?

—Lo más sencillo del mundo: matarte.

Gunter rió.

—Eso no es lo más sencillo del mundo, amigo. Es lo más complicado.

—Ya me estoy dando cuenta.

—¿Para quién trabajas?

—Trabajo solo.

—Pero estás con ese estúpido grupo de sudistas que quiere acabar conmigo, ¿no?

—¿Para qué negarlo?

Gunter dio una seca orden a Honved:

—Regístrale.

Honved lo hizo sin dificultad, pues Norton no estaba tan loco como para ofrecer resistencia ahora. Y la documentación aparecida dejó perplejo a Gunter.

—No lo entiendo… Tú no eres un sudista, sino todo lo contrario.

—Combatí en el norte.

—¿Por qué entonces estás metido en esto?

—Porque los traidores me dan igual asco sean del bando que sean, y porque sustituyo a un hombre a quien maté.

Honved alzó su revólver.

—Poco en limpio vamos a sacar de él, Gunter. Más vale que acabemos de una vez.

—Espera. Se ha llevado a la chica.

Ahora fue Norton el que sonrió burlonamente a pesar del espantoso dolor que sentía en toda la cabeza, especialmente en la nuca.

—¿Dónde está ella ahora? —masculló Gunter.

—¿Tanto te interesa?

—Es muy bonita…

—Ya te daré un retrato suyo para que le pases la lengua por encima, Gunter. Será lo único que vas a conseguir.

El senador se movió rabiosamente. Su mano se aplastó sobre el rostro de Norton, quien lo veía todo confusamente y estuvo a punto

de perder el conocimiento otra vez.

—¡Dime dónde está, maldito!

Norton se pasó la mano por los labios, de los cuales manaba un hilo de sangre.

—Vas a averiguarlo de todos modos, o sea que no vale la pena mentir. Está en el hotel, en el lugar que tú sabes.

—Lo imaginaba.

—¿Entonces para qué preguntas, pedazo de carcamal?

Gunter hizo un gesto rabioso. Aquel tipo le hacía perder el control de sus nervios, cosa que no le había ocurrido con nadie más. Decidió acabar pronto.

—Este tipo no verá el nuevo día —decidió.

Honved volvió a alzar el revólver.

—Será un placer… —susurró.

—Espera.

—¿Qué infiernos hay que esperar?

—Liquidarlo de un balazo sería demasiado piadoso. Tengo un plan mejor para él.

—¿Qué va a hacer?

—Ahora lo veréis. Arrastradlo.

Tres pistoleros cayeron a la vez sobre Norton. Ahora sí que éste trató de defenderse, pero era inútil.

Fue arrojado del diván al suelo. Sus tres enemigos le patearon furiosamente.

—No lo matéis aquí —masculló Gunter—. Más vale que esté bien entero cuando eso ocurra.

Norton, a pesar del fuerte dolor que sentía en todo el cuerpo, se preguntó qué sería eso.

Sin duda la muerte que le aguardaba se salía de lo ordinario. Pero dudaba de que Gunter, hombre frío y astuto, hubiera pensado algo sólo para torturarle. Sin duda en su cerebro había alguna idea más.

Fue arrastrado por sus enemigos hasta el lugar indicado por Gunter: una zona oscura situada bajo la escalera principal.

Allí había una trampilla.

Gunter la alzó, y todos vieron un hueco cuadrado que parecía la boca de un pozo no demasiado profundo.

Norton lanzó un gruñido.

—¿Qué espera, Gunter? ¿Encerrarme ahí hasta que me muera de hambre?

—Vas a morirte de otra cosa.

—Pues, la verdad, yo no veo que eso sea tan siniestro.

Gunter rió silenciosamente.

—Espera.

Le dieron un empujón y lo arrojaron abajo. Norton lanzó un nuevo gruñido, pero esta vez muy distinto.

No era que se hubiese roto ningún hueso, y aunque se lo hubiese roto es fácil que no lo hubiera sentido. Después de los puntapiés recibidos, todo el cuerpo le dolía tanto que ya era casi imposible que se enterara de nada más.

La distancia que había recorrido en su caída no era demasiado grande. El fondo del pozo —por llamarlo de algún modo—, era de piedra, pero aquello no le parecía a Norton tan terrible como las palabras de Gunter le habían hecho suponer.

Hizo esfuerzos por lanzar una alegre carcajada, desafiando a sus enemigos. Y no es que la carcajada le saliera muy alegre, pero al menos confundió al senador.

—¿Aún tienes ganas de reír, imbécil?

—Es que no parece tan terrible.

—Claro que no, muchacho… No te deseo ningún mal. Y es que yo soy una persona educada.

—Lo supongo, Gunter.

—Cuando te des cuenta de que nadie va a reconocerte, ya te acordarás de mí.

—¿Que nadie va a… reconocerme?

—Tú has luchado con el Norte. Y puedes tener amigos aquí. Eres más peligroso que los otros.

—No quieres que nadie se entere de mi muerte, ¿eh?

—Es más prudente.

—Pero por algún lado aparecerá mi cadáver, ¿no? ¿O piensa dejarlo aquí por los siglos de los siglos?

—Lo sacaremos dentro de un par de días.

—Pues mal asunto para ti, Gunter. Porque a lo mejor puede ser cierto eso de que tengo buenos amigos en la ciudad.

—Cuando tu cadáver aparezca, nadie va a reconocerlo, Norton.

El joven se pasó la mano por la nuca y volvió a retirarla

manchada de sangre.

—Pues no veo cómo. Yo soy muy guapo, y dentro de un par de días no estaré aún mal del todo. Más o menos me reconocerán…

—Te equivocas, amigo.

Y cerró la trampa.

Norton quedó hundido en la más absoluta oscuridad. Pero la verdad fue que no se inquietó demasiado.

Oyó los pasos de su enemigo al alejarse.

Cerró un momento los ojos, a pesar de que ello no le hacía falta para concentrarse, a causa de la oscuridad que le rodeaba. Y pensó que después de todo, aquello no era tan malo.

Ningún peligro parecía correr allí, aparte el de morir de hambre y sed. Pero eso iba para largo.

Más fácil era que se muriera de aburrimiento, si las cosas seguían como hasta ahora.

¿Qué diablos habría querido decir Gunter al asegurar que nadie le reconocería?

Y de pronto lo comprendió.

Fue al mirar a ras del suelo.

Sintió que se le erizaban los cabellos y que su columna vertebral era recorrida por una oleada de frío.

CAPÍTULO X

Ben miró a la muchacha como si ésta le diese la sensación de ser una aparecida.

—Marta…

Ella entró en la habitación donde habían jugado las partidas, donde habían decidido quién tendría que matar a Gunter. A Marta le faltaba su habitual desenvoltura, y estuvo a punto de vacilar.

—¿Dónde está Norton?

—No lo sé —susurró Marta.

—Pero él fue quien te salvó de allí, ¿no?

—En efecto. Él me salvó.

Ben apretó los labios.

—¿Te… ha ocurrido algo?

—¿A qué te refieres?

—¿A qué voy a referirme? Gunter es un maldito cerdo…

—Esta vez no tuvo tiempo de demostrar que lo era.

Se dejó caer en una de las sillas. Parecía derrumbada, sin fuerzas. Su rostro reflejaba un profundo desaliento al mirar de nuevo a Ben.

—Norton insistió en que quería matar a Gunter.

—¿Y crees que lo habrá conseguido?

—Lo dudo. La casa ya estaba muy vigilada. Todos los pistoleros que la protegían ya se habían puesto alerta.

—Pues si no ha vuelto, eso significa que…

Marta apretó los labios.

—Calla… —balbució.

—Tiene que haber muerto.

—No quiero creer en eso.

—Eso significa —dijo Ben ásperamente—, que en este juego sólo

quedamos tú y yo.

—Lo creeré cuando vea el cadáver de Norton.

—No tardaremos en asistir a su entierro —masculló Ben, moviendo la cabeza—. Esto es mucho peor de lo que nunca hubiera imaginado. Nunca pensé que Gunter fuera inmortal.

—No lo es.

—Pues lo parece.

—¿Qué significa eso? ¿Tienes miedo ahora?

Ben alzó, irritado, la cabeza.

—Nunca he tenido miedo —dijo—. Y ahora, menos. Ahora el odio me da más valor. Pero no hay duda de que tú y yo estamos solos, muchacha.

—Continuaremos solos.

—¿Quién de los dos?

—Eso lo decidirán los naipes.

Ella asintió lentamente, con un gesto de infinita pesadumbre.

—Creo que será la última partida —susurró—. Pero aún no puedo creer que Norton haya muerto.

—Si no ha vuelto aún, es como si ya estuviese en el ataúd. Puedes estar segura.

En aquel momento golpearon con los nudillos en la puerta. Ben autorizó:

—Adelante.

La puerta fue empujada. Era Ross.

—Tengo malas noticias, Ben —susurró.

—¿Norton?

—Sí.

—¿Qué ocurre con él?

—Han visto cómo caía herido. Y los esbirros de Gunter lo han entrado en la casa.

María se llevó una mano a la frente.

—Entonces debe haber muerto ya…

—Estoy convencido —musitó Ross—. Y lo siento. Norton tenía cara de truhán, pero me resultaba simpático.

—En el fondo a mí también me ocurría eso —dijo Ben—. Y no cabe duda de que era un hombre de honor. Bueno… —recapituló—, no vale la pena pensar en él ahora. El «trabajo» tiene que continuar.

Ross asintió.

Con un gesto pesado, lleno de tristeza, Ben puso un mazo de naipes sobre la mesa.

—Corta —dijo, mirando a Marta—. Ésta es la última partida.

Capítulo XI

Norton había visto algo brillante a ras del suelo. Eran dos puntitos que fosforescían y parecían cambiar de posición rápidamente, siempre a nivel de las losas de piedra.

Y de pronto comprendió. Debía haber un conducto que unía aquel pozo con un albañal. No lo había notado hasta entonces a causa de la oscuridad.

Lo que acababa de ver era algo muy simple: los ojos pequeños y astutos de una rata.

Pero no habría una sola; ésta era la avanzadilla. Tras ella vendrían docenas, quizá centenares de aquellos roedores repugnantes.

Además, si se habían acercado hasta allí, debía ser por una razón muy importante.

Tenían hambre.

Norton sintió que su frente se perlaba de gotitas de sudor helado.

La salida del albañal debía haber sido cerrada poco antes, privando así de alimento a los roedores. Norton había oído decir que éstos devoraban a sus propias crías o se devoraban entre sí cuando les era imposible encontrar otra forma de sustento. Pero ahora tenían otro alimento mucho más apetitoso, aunque inesperado: él.

Comprendió entonces por qué Gunter había dicho que nadie le reconocería.

Las ratas se irían acercando poco a poco, tímidamente al principio y con rabia después. Le atacarían en manada y él rechazaría a puntapiés a las primeras, pero a causa de la oscuridad, no podría ver de qué dirección vendrían. Tras cinco, tras diez

minutos quizá de frenéticos puntapiés, que le dejarían extenuado, una rata ya habría logrado asirse a su muslo y le mordería salvajemente. Mientras intentaba arrancársela de allí, llegaría otra, porque con aquel pie habría dejado de golpear. Y ya serían dos las que le morderían por lo tanto, otras, quizá, subirían por su espalda. Cuando la primera llegase a su nuca, él sentiría un momento de pánico. Ningún hombre, por valiente que sea, resiste el horror al ser atacado por una manada semejante. Otras ratas, mientras tanto, habrían subido por su pecho, hasta llegar a su cara. A partir de ese momento, Norton ya estaría perdido, ya dejaría de luchar. Sus movimientos serían cada vez más débiles, más desesperados, y también más ineficaces. Terminaría cayendo de rodillas, y entonces dejaría de ser una presa difícil para transformarse en una presa fácil.

Todas estas escenas desfilaron en un momento por la mente de Norton como si las estuviese viendo con sus propios ojos. Y como si sintiera ya en su cuerpo la horrible mordedura de mil diminutos dientes.

El sudor frío le empapaba ya todo el cuerpo.

A veces resulta mejor no tener demasiada imaginación, porque si uno pensara lo que puede suceder no se metería en los peligros. Y Norton procuraba no dejarse llevar demasiado de sus pensamientos, pero en esta ocasión no pudo evitarlo.

Sentía ya en todo su cuerpo el cosquilleo del brutal ataque.

Por primera vez, el miedo le dominaba; un miedo que estaba hecho también de repulsión y de náusea.

Intentó serenarse. Pensó que, ante todo, debía trazarse un plan de acción.

Lo primero que se le ocurrió fue cerrar la salida del albañal, para que las ratas no pudieran entrar en el pozo, pero en seguida se dio cuenta de que aquello era imposible.

Resultaba demasiado grande y no tenía nada para taponarlo. Ni aun poniendo apretadas todas sus ropas para taponar el hueco, lograría cerrar el acceso a los repugnantes animales. Y aparte estaba el hecho de que éstos destrozarían las ropas al roerlas.

Empezó a sentirse perdido.

Por unos momentos no supo qué hacer.

Aumentaba su nerviosismo el hecho de sentir el roce de muchas

uñas sobre las losas de piedra. Las ratas se iban aproximando poco a poco, formaban un grupo que iniciaría el ataque de un momento a otro.

El cerebro de Norton era un volcán.

La segunda salida que se le ocurrió fue trepar por las paredes del pozo en que estaba metido. Éste no era muy profundo, de modo que, en teoría, llegar hasta la trampilla que lo cerraba podía resultar relativamente fácil.

Pero eso no era más que una ilusión.

Las paredes de piedra estaban cubiertas por argamasa muy fina, y resbalaban como cristales. Contribuía a ello la humedad que resbalaba por aquellas paredes.

Imposible pensar en encontrar una juntura, algo que le permitiese introducir y apoyar los dedos.

No tenía salida, a menos que…

No. Era imposible.

Pero pensó que tenía que probarlo. Tenía que intentarlo todo antes que resignarse a ser devorado vivo.

Aparte el hecho de que su muerte significaría también la muerte de Marta.

La primera rata atacó en aquel instante, lanzando un agudo grito. Lo hizo a baja altura, hacia sus tobillos.

Norton tuvo suerte al acertarla de lleno al primer puntapié, a pesar de la oscuridad. El roedor fue aplastado contra la pared frontera y se retiró chillando, mientras los otros animales del grupo retrocedían por instinto.

Norton se decidió.

Había oído decir que alguien logró fugarse cierta vez de una prisión apoyando los codos en las dos paredes de un ángulo de la celda y haciendo tal presión con ellos que sostuviera su cuerpo, exactamente como si fueran dos ventosas pegadas a aquellas paredes.

Él lo probó.

Su fuerza era hercúlea, y la presión de sus codos sobre las paredes, que formaban un ángulo muy cerrado, resultó extraordinaria.

Fue subiendo los codos poco a poco, alternativamente, haciendo que resbalaran hacia arriba sobre las paredes.

La tensión a que sometía todo su musculoso cuerpo era inaguantable.

El sudor resbalaba por su cuerpo y otras gotas llegaban hasta sus labios, que estaban entreabiertos a causa de la respiración, cada vez más fatigosa.

Pensó que no iba a poder resistir.

Estuvo a punto de ceder, de abandonar sus terribles esfuerzos y de confiar simplemente en el destino, pero el «destino» que le aguardaba abajo lo estaba oyendo a través de las correrías de las ratas, que ya habían invadido el fondo del pozo e iban de un lado a otro, desorientadas, buscando a su víctima.

Norton alzó la cabeza.

Vio que la trampilla estaba apenas a media yarda. Un poco más y podría alcanzarla. Un esfuerzo más y…

Tenía la sensación de que sus codos iban a romperse, incapaces de soportar aquella tensión. En ese momento una de las ratas trepó por la pared para llegar hasta su pie izquierdo.

Norton la derribó de un empujón. Pero el leve movimiento estuvo a punto de hacerle perder su dificilísimo equilibrio.

Ahora las ratas ya le habían localizado. Ahora subirían en manada, todas a la vez.

¡Si él tuviera sus uñas! ¡Si él pudiese trepar con aquella facilidad!

De pronto, su cabeza chocó con algo.

Acababa de llegar a la trampilla. Ésta, como había supuesto, estaba cerrada.

Y lo peor era que él no podía levantar ninguno de sus brazos para empujarla, porque hubiese caído, al necesitar seguir apoyándose en sus codos exclusivamente para sostenerse.

La desesperación le hizo empujar con la cabeza.

CAPÍTULO XII

La tapa no cedía. Comprendió que no iba a salir de allí por mucha fuerza que hiciera. Y su vigor empezaba a disminuir ya, después de la terrible tensión a que había sometido a sus músculos, al trepar por las paredes.

No podía dejar de ejercer presión con los codos, y necesitaba empujar la tapa con la cabeza. Pero la fuerza que podía hacer en esas condiciones era forzosamente muy limitada.

Comenzó a jadear.

Sabía que las ratas subirían otra vez de un momento a otro y que le atacarían en la misma pared. Oía ya sus roces furtivos sobre las piedras.

Las ratas son animales cobardes, pero pueden atacar rabiosamente cuando están hambrientas y van en manada. La pared no representaba ningún obstáculo para ellas, y en cuanto subiese la primera, subirían las demás.

Hizo un nuevo y terrible esfuerzo.

El cuello le dolía de tanto apretar.

Al fin notó que la trampilla cedía. El resorte que la sujetaba desde fuera empezaba a chirriar.

«Un último intento… —pensó—. Un último esfuerzo antes de caer…».

Sus dedos resbalaban.

Se oyó un crujido. La trampilla cedió al fin. Norton introdujo dos dedos por la ranura en el momento en que su cuerpo cedía.

Quedó colgado solamente por aquellos dos dedos. Una de las ratas alcanzó ya su pierna izquierda.

Tensó entonces el resto del cuerpo y logró sujetarse con la otra mano. Se izó lentamente.

Cuando pudo salir al exterior, estaba tan fatigado que hasta el corazón le fallaba. Con los dientes apretados, respirando entrecortadamente, quedó quieto a un lado de la trampilla, hasta que tuvo la sensación de que sus músculos volvían a funcionar.

Entonces se puso en pie.

No se oía nada en torno suyo, quizá porque Gunter le daba ya por muerto y no había creído necesario poner vigilancia en aquella parte de la casa.

El joven fue tanteando las paredes, ya que no recordaba bien el lugar, al cual había llegado estando inconsciente. Al cabo de unos instantes palpó una puerta.

Norton necesitaba extremar sus precauciones, puesto que no llevaba armas.

La empujó y vio al otro lado un pasillo bien iluminado, Aquel sector de la casa ya lo conocía. Avanzó por él.

Pensó que volvía a tener una magnífica oportunidad para acabar con Gunter, puesto que éste podía esperar cualquier cosa menos que estuviera vivo y moviéndose por la casa. El único inconveniente era que no tenía armas.

Aun así, decidió probar suerte.

No necesitaba revólver para acabar con un buitre de aquella clase. Dos golpes propinados en el cuello con el canto de la mano bastarían para abatirle. Lo único que necesitaba era encontrar a Gunter desprevenido, y eso, de momento, no le pareció difícil.

Subió por las escaleras.

Éstas crujieron levemente, y Norton se detuvo, sintiendo que el corazón le hacía daño en el pecho. Si en este momento aparecía uno de los pistoleros de Honved, él no podría hacerle frente.

Pero nadie vino.

Norton fue subiendo, cada vez con más lentitud, para evitar nuevos quejidos de los peldaños, hasta llegar al piso superior, que conocía casi perfectamente. Vio cuál era la habitación de Gunter.

La aventura estaba a punto de terminar.

El corazón le hacía cada vez más daño en el pecho, pues Norton no podía evitar esta vez su nerviosismo, al pensar lo cerca que estaba de la victoria.

Puso la mano sobre el pomo de la puerta y aguardó.

Nada.

Hizo girar aquel pomo y empujó la puerta. Ésta cedió sin ruido. Se encontró en un dormitorio a oscuras, donde se escuchaba la desacompasada respiración de un hombre.

Tenía que ser Gunter.

Vio confusamente la ancha cama y distinguió al tipo que dormía en ella. Reconoció a Gunter. Y Norton movió lentamente la mano derecha mientras en sus ojos aparecía un brillo asesino.

Norton no era un ángel ni pretendía serlo. Había decidido matar a Gunter e iba a hacerlo con la mayor tranquilidad de conciencia. Su estado de espíritu era el de un verdugo que va a ejecutar a un asesino.

Levantó del todo su mano derecha abierta y se dispuso a asestar el golpe que había de acabar con Gunter. Un impacto en el cuello que le rompería las vértebras cervicales.

Su silueta se recostaba vagamente en la ventana, que tenía las cortinillas descorridas.

Norton no dio ninguna importancia a ese detalle, pero, sin embargo, el hecho de que su silueta se insinuara desde el exterior fue algo que lo cambió todo.

De pronto, cuando él iba a dejar la derecha para asestar el golpe mortal, los cristales de aquella ventana saltaron hechos astillas, mientras un disparo resonaba en la habitación.

Norton sintió que el plomo le rozaba materialmente la espalda. Sintió un calambre.

Y saltó inmediatamente hacia atrás, hacia la zona donde la penumbra era más espesa, porque adivinó que el segundo disparo vendría al instante.

Así fue.

La bala acabó de destrozar los pocos cristales que aún quedaban y se empotró en la puerta, poniendo en conmoción a la casa entera.

Gunter acababa de despertar, lanzando un chillido de rata acorralada. Empuñó el revólver que siempre descansaba bajo su almohada y miró confusamente en torno suyo, sin ver todavía a nadie.

Norton se dio cuenta de que la situación había, cambiado otra vez, y ahora, en contra suya. Él no tenía armas, mientras que Gunter poseía un revólver y estaba a una distancia en que los disparos no podían fallar. Por descontado, no tardaría ni diez

segundos en verle.

El joven decidió entonces salir de la sartén para caer, probablemente, en las brasas. No le quedaba más remedio que saltar por la ventana, con lo cual, probablemente, quedaría a merced del extraño individuo que le había disparado desde fuera, salvando así a Gunter.

Pero no lo pensó más. De pronto todo su cuerpo salió despedido hacia adelante, como disparado por un muelle.

No encontró cristales en su camino porque todos estaban rotos. De repente, Norton sintió que daba una vuelta completa de campana en el aire, mientras parecía volar hacia tierra.

Una bala le siguió velozmente, pero sin alcanzarle.

Gunter acababa de tirar contra aquella sombra a la que no había tenido tiempo de reconocer. Por su parte, el desconocido que acababa de salvarle desde el edificio frontero apretó el gatillo de nuevo, aunque igualmente sin fortuna.

Norton pisó el suelo, resbaló sobre él y volvió a saltar con una agilidad prodigiosa, buscando llegar de nuevo a la zona de penumbra que le ofrecía el cercano porche.

Una vez allí, quedó quieto, buscando desorientar a sus enemigos.

Uno de éstos, Gunter, no debía haberle reconocido. En cuanto al otro, el que disparaba desde el edificio frontero, era un misterio para él.

Norton miró hacia aquel edificio. Era, al parecer, la parte posterior de un hotel. Pero ningún rótulo indicaba el nombre.

Clark había muerto muy cerca de allí.

El más profundo silencio se había hecho después de aquella zarabanda. Norton se iba tranquilizando poco a poco porque ahora estaba en su ambiente, el ambiente de la pólvora. Y aunque lamentaba cien veces no haber podido acabar con Gunter por culpa de aquel desconocido del hotel, estaba seguro de que se le presentaría otra oportunidad.

Nadie pasaba por aquel sector de la calle, después de los disparos. Incluso las luces de algunas ventanas se habían apagado de repente.

Norton decidió no tentar más la suerte por el momento y regresar al hotel donde estaban Ben y Marta, los únicos supervivientes del grupo.

No podía imaginar aún que ambos habían decidido quemar etapas, jugándoselo todo, por decirlo así, a una carta. Y estaban enfrentados en su última partida.

Marta dejó caer los naipes sobre la mesa. Se llevó una mano a los ojos y los cerró durante unos instantes.

Ben musitó:

—¿Qué te ocurre?

—Nada… Pero quizá lo que he vivido últimamente es demasiado intenso para una mujer sin experiencia como yo. Me da vueltas la cabeza.

—¿Quieres dejar de jugar?

—La verdad es que… casi no veo las cartas.

Ben miró las que estaban sobre la mesa.

—Es lástima. Tenías buen juego.

—Mañana por la mañana podemos continuar.

—Como quieras. Y ahora, acuéstate.

—No sé si podré dormir.

—¿Por qué no? Debes estar reventada.

—Pero pienso que mientras tanto Norton está muerto. O que está siendo torturado tal vez.

Ben la miró con suspicacia.

—¿Qué te importa ese hombre, al fin y al cabo?

—Nada. Sólo que… ¡Oh, Dios santo! ¡Todo esto es demasiado horrible para poder explicarlo!

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Ben la detuvo antes de que empuñase el pomo.

—Marta, si tú quisieras… —balbució.

—Pero no quiero.

—Soy un hombre de posición, aunque ahora esté aquí, trasformado en un aspirante a asesino. Podría convertirte en una mujer feliz; tan feliz, que llegarías a olvidar a Jim y a todos los que…

—¡Calla!

Los labios de Marta estaban crispados en una mueca de angustia. Sus ojos evitaban mirar al hombre.

Hizo girar el pomo y salió repentinamente de la habitación. Ben la miró como si no pudiese creerlo.

—Tal vez al que no puedes olvidar es a Norton —murmuró en

voz baja, para sí mismo—. Ese maldito Norton, que no te ha dicho aún ni una sola palabra…

Se ajustó bien el revólver y salió, asimismo, al exterior. Quería resolver el asunto por sí solo, como si hubiera perdido la partida. Él demostraría a Marta lo que era un verdadero hombre.

Mientras tanto, la muchacha había llegado al vestíbulo del hotel. En el *comptoir* encontró a Ross, a quien ya conocía, y a una muchacha morena que estaba repasando el libro-registro de entradas y salidas.

Marta, con voz poco segura, pidió:

—¿Podrían darme una habitación independiente en el piso superior? No quiero dormir esta noche ahí abajo.

—Lo comprendo —dijo Ross—. Estaría usted sola con Ben.

—Celebro que me entienda.

Ross miró a la muchacha morena.

—Elena, creo que hay una habitación libre en el primer piso. Acompaña a la señora y enséñasela. ¿Quiere firmar en el libro, María?

—Desde luego.

—Y permítame un consejo: Elena subirá un par de gruesas maderas para atrancar las ventanas desde dentro. Es una precaución que nunca está de más en estas circunstancias.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Y las dos mujeres se dispusieron a subir. Ross miró los diversos casilleros que tenía a su espalda.

—La número nueve —dijo en voz alta, cuando ellas ya se disponían a subir por las escaleras.

—El número nueve… —repitió en voz baja un hombre que estaba sentado en el vestíbulo, fumando un largo cigarro.

Nadie sabía que era uno de los pistoleros de Honved, acabados de llegar a la ciudad.

Se puso en pie y salió lentamente del local, como si no tuviera la menor prisa.

Gunter, que vestía un lujoso batín de seda, escuchó aquello con las facciones contraídas por el furor.

—De modo que ahora esa mujer está en una habitación que puede ser atacada… —murmuró entre dientes—. Muy bien. Ésa es una circunstancia favorable que aprovecharemos. Dispón de los

hombres que necesites, Honved. Yo aún tengo unos cuantos gatillos a mis órdenes.

—De acuerdo.

—No quiero que me traigas viva a esa mujer, porque sería demasiado complicado. La eliminas allí donde esté. Y, por supuesto, si llegaras a encontrar a Ben, haces lo mismo.

—Eso no necesita decírmelo.

—Con ello habré liquidado a ese maldito grupo… —susurró Gunter, mientras en su rostro se dibujaba una expresión de alivio—, y todos los contratiempos habrán terminado para mí. Pero lo que no comprendo es quién me ha podido atacar hace unos instantes.

—Seguramente, el mismo Ben.

—Claro… Porque a estas horas, Norton ya debe estar rabiando, con medio cuerpo destrozado.

—¿Quiere que lo comprobemos?

—No… —Y Gunter rió suavemente—. Yo soy una persona muy sensible… Según qué espectáculo, mi estómago no lo soporta. Y ahora no perdáis más tiempo. Manos a la obra.

Honved y el ayudante que había estado con él en la habitación de Gunter, salieron.

Éste hizo una seña por la ventana.

Desde el edificio frontero, desde la parte trasera de un hotel, alguien le respondió.

Ben había salido a la calle, decidido a todo, con la mano apoyada en el revólver derecho.

Era un hombre temperamental, un tipo de decisiones rápidas y a veces inesperadas. Estaba seguro de que él tendría más suerte que todos los demás y eliminaría a Gunter. Éste debía hallarse desorientado, después de todo lo ocurrido. Gunter tendría un punto flaco, sin duda, y él sabría aprovecharlo.

Pero no llegó a la casa del senador.

Pasaba frente a un saloon donde había un gran rótulo, y en el cual se veía a poquísimos clientes, cuando tropezó con un grupo de seis hombres. Aunque no los reconoció en el primer momento, ellos sí que le reconocieron, sin duda porque Gunter les había dado toda clase de detalles, enseñándoles además alguna vieja fotografía de los oficiales del regimiento. Y Honved, que mandaba a aquel grupo, no vaciló ni un instante.

Él fue el primero en sacar el revólver.

Ben quedó paralizado unas décimas de segundo, y eso fue lo que le perdió. Cuando quiso reaccionar, ya tenía una bala clavada a la altura del estómago.

Dando un prodigioso salto, a pesar de su herida, Ben logró parapetarse en un porche, mientras sacaba el revólver. Logró disparar, pero no alcanzó a ninguno de los forajidos.

Éstos se abrieron en abanico, mientras tiraban a mansalva sobre la zona mal protegida en que se hallaba Ben.

El ex oficial sudista rechinó los dientes con desesperación, mientras apretaba el gatillo otra vez, no resignándose a morir sin haber llevado al menos a un testigo por delante. Pero su bala se empotró en el suelo.

Honved le veía en parte. Apuntó fríamente, sin precipitarse, y apretó el gatillo.

La bala se empotró en el cuello de Ben. Éste lanzó un estertor mientras apretaba el gatillo mecánicamente, buscando gastar todas las balas de su cilindro antes de morir, con la esperanza de que alguno de sus enemigos se llevara, al menos, un buen recuerdo suyo.

Tuvo la satisfacción de ver que uno de ellos caía, llevándose las manos a la cabeza.

Sonrió secamente, mientras sentía que su propia sangre le ahogaba. Y entonces, el percutor de su revólver cayó sobre un cartucho varío. Ben se dobló hacia atrás y pronto quedó espantosamente quieto sobre las tablas.

Mientras tanto, Honved y sus hombres se habían pegado frente a la fachada de una casa, mirando hacia arriba, hacia el gran rótulo que anunciaba el nombre del saloon.

—La bala ha venido de ahí… —murmuró Honved—. No la ha disparado ese imbécil de Ben…

—Quizá haya alguien oculto… ¿Damos una batida y tratamos de cazarlo en seguida?

—No, ahora no podemos perder tiempo. Sólo queda ya la muchacha. De modo que vamos a por ella. Escuchad…

Y repartió sus instrucciones en voz baja.

Mientras tanto, Norton se había descolgado, viniendo desde el letrero del saloon, por el otro lado del edificio.

Su revólver aún estaba caliente después del disparo.

—Esos tipos estaban frente al hotel… —se dijo a sí mismo—. Y me temo que su objetivo sea Marta. Habrá que ponerse en movimiento en seguida.

CAPÍTULO XIII

Honved, en efecto, acababa de volver. Mientras tres de sus hombres entraban en el hotel por las ventanas traseras, tomando posiciones, él y su lugarteniente de confianza penetraban en el saloon contiguo a beber un trago, para dar tiempo a sus compañeros a situarse. Debía eliminar a la mujer que se había burlado de él, a la que le había tratado como una pandilla de muñecos.

Calculando que sus hombres ya habrían tomado posiciones, guardándole la espalda, fue hacia el hotel y entró por las cuadras, mientras su lugarteniente quedaba apostado frente al edificio, fumando con indolencia, pero en realidad vigilándolo todo, principalmente las letras del rótulo, donde la vez anterior se había apoyado para disparar su misterioso atacante.

Mientras tanto, sus otros tres hombres le guardarían el pasillo. El golpe, contando ahora, además, con la sorpresa, no podía fallar.

Penetró en el edificio propiamente dicho del hotel por una puertecilla de servicio y de puntillas fue hasta la habitación de la muchacha. Vio las sombras de sus pistoleros guardándole el pasillo. Respiró tranquilo.

Desenfundando su revólver, dio un empujón a la puerta y entró, mientras levantaba el martillo del arma.

Las dos mujeres, Marta y Elena, aún estaban reunidas allí. Ambas a la vez se levantaron, ahogando un grito.

—Honved… —balbució Marta.

—Pero… —susurró la otra.

El pistolero decidió evitarse complicaciones eliminándolas a las dos.

Con una sonrisa satánica, levantó el revólver.

En aquel momento, en la calle, frente al hotel, sonó un disparo.

El lugarteniente de Honved había visto a alguien que se acercaba, y en el primer momento no pudo creerlo. Tuvo como una crispación al encontrarse frente a los ojos de asesino de aquel hombre. Mientras lanzaba una maldición, levantó su revólver y trató de hacer fuego.

No pudo.

El hombre que estaba frente a él, a unos doce pasos, disparó a través de la funda y le envió una bala en medio de las dos cejas. El lugarteniente de Honved cayó muerto al instante, con una expresión de asombro que hubiera aclarado muchas cosas a su jefe, Pero su jefe tuvo la desgracia de no verlo.

Iba ya a apretar el gatillo en la habitación del hotel cuando escuchó aquel disparo.

Bruscamente su mano se inmovilizó. Su sexto sentido le dijo que aquella detonación tenía algo que ver con él.

Saltando de costado, fue hacia la ventana de la habitación y miró a través de ella hacia la calle. Vio dos cosas: a su lugarteniente, muerto entre un charco de sangre, y a un hombre que corría hacia el hotel. Ver a aquel hombre le produjo tal sensación de sorpresa que estuvo a punto de soltar el arma.

—¡Cuidado! —aulló para que lo oyeran sus tres pistoleros—. ¡Cuidado! ¡Va a entrar! ¡Es Norton! ¡Ha escapado!

Dio media vuelta y se dispuso a disparar contra las dos mujeres, pero el hombre que estaba en la calle debió ver su silueta recortada en los cristales e hizo fuego rápidamente. La bala casi arrancó una oreja a Honved, haciéndole lanzar un aullido de dolor.

No queriendo arriesgarse a un segundo balazo, Honved se arrojó al suelo y gateó hacia la puerta. Las dos mujeres habían ya volcado la cama, parapetándose tras ella, de modo que dos balas que envió al azar se perdieron inútilmente entre la lana del colchón. Lanzando un aullido, Honved casi tropezó con sus dos pistoleros.

—¡Ya debe estar subiendo por la escalera! ¡Cuidado!

En aquel momento vieron una silueta al fondo del pasillo. Era una silueta que no se distinguía con claridad, y aun así, resultó inconfundible para los tres forajidos.

Uno de ellos balbució:

—¡Pero si es…!

No tuvo tiempo de acabar la frase. Un fogonazo brotó junto a la

silueta del pasillo, y la bala atravesó de parte a parte la cabeza del pistolero.

Honved jadeó:

—¡Maldito! ¡No podrás! No, mald…

Disparó frenéticamente mientras hablaba, moviendo el revólver en forma de abanico y rociando con sus balas el fondo del pasillo. Pero el hombre se había pegado ya a la pared, con la agilidad de un mono, y de su revólver brotaban nuevos fogonazos.

Demasiado tarde se dio cuenta Honved de que su adversario estaba en una zona de penumbra, mientras que ellos habían cometido el error de situarse a la luz de la puerta abierta de la habitación. Sintió la mordedura del plomo en el pecho, y sobre su camisa cayó una rociada de sangre que provenía de la garganta de su único pistolero.

Honved cayó a tierra.

Barbotó de nuevo:

—¡Maldito…!

Una segunda bala lo envió hacia atrás hecho un guiñapo. Fue una bala cruel, certera. Una bala de las que no perdonan.

CAPÍTULO XIV

Norton guardó el revólver. Sabía que ahora ya no había más enemigos en el hotel. Por el momento, podía estar tranquilo.

Avanzó por el pasillo en sombras, pero a la luz de la habitación abierta, pudo ver los cadáveres con claridad. Se cercioró entonces de que uno de ellos era el de Honved. Se lo había parecido al disparar, pero ahora podía estar seguro.

Eso significaba que las cosas habían cambiado radicalmente. Honved estaba muerto y su banda había sido destruida. Por tanto, Gunter estaba prácticamente sin protección.

Y Norton apretó los labios.

Se juró así mismo que Gunter no estaría vivo en cuanto saliera de nuevo el sol.

Entró en la habitación y vio a las dos mujeres parapetadas todavía al otro lado de la cama.

Marta le miraba como si no pudiese creerlo. Su boca se abrió a causa del asombro.

—¿Cómo has conseguido escapar? —balbució—. ¿O es que Gunter no pensaba matarte?

—Claro que pensaba matarme, muchacha. Pero las cosas le han salido mal. ¿Cómo te encuentras tú?

—Ni un rasguño. Pero estaba segura de que ésta era la última aventura de mi vida.

Elena también alzó la cabeza. Parecía no poder creer aún que tuviese la piel entera.

—¿Quién es? —preguntó Norton.

—Una empleada del hotel. Quería ayudarme a asegurar bien las ventanas para que nadie pudiera entrar por ellas.

Las dos mujeres se pusieron en pie. Elena se tambaleaba, pero la

más asombrada era Marta.

—Aún no comprendo cómo has podido huir…

—Si lo pienso bien, yo tampoco lo comprendo, muchacha. Pero vamos a ser prácticos. No quiero que salgas más de aquí, porque la «juerga» aún no ha terminado.

—¿Qué piensas hacer?

—No perder un segundo; eso es lo fundamental. Porque, desgraciadamente, ahora sólo quedamos tú y yo.

—¿Ha muerto Ben?

—Honved, el pistolero que Gunter contrató para que le ayudase, acaba de eliminarlo. Pero las cosas tampoco le han ido a él demasiado bien, como puedes ver. Y ahora, Gunter está solo.

La mujer volvió la cabeza a un lado. Debía sentir una infinita pena en estos instantes, porque era la imagen misma de la postración. Pero aun así, Norton se dijo —y eso que no quería pensar tales cosas de momento—, que era la mujer más bonita con la que se había tropezado en los últimos veinticinco años.

Teniendo en cuenta que él contaba veinticinco años justamente, era fácil hacer cálculos.

Mientras tanto, Elena se había acercado a la puerta también. Parecía trastornada y andaba a bandazos, como si hubiera bebido una botella entera de *whisky*.

Era natural, teniendo en cuenta que había estado a punto de morir y que no tenía más remedio que ver los cuerpos retorcidos junto a la puerta.

Mientras tanto, en el hotel se oían gritos de todas clases. Una verdadera multitud parecía subir por las escaleras hacia el piso superior.

Norton penetró en la habitación y miró a Elena.

—¿Quiere hacerme un favor, señorita?

—Na… naturalmente. Me ha salvado la vida…

—Explíqueles lo que quiera, vaya. Pero sobre todo, que me dejen en paz.

Y apenas hubo ella salido, cerró la puerta.

Marta le miraba con curiosidad, mientras su rostro iba recobrando poco a poco el color.

—¿Por qué… has cerrado la puerta?

—Verás… Es una manía. No se me ocurre otra cosa, cada vez

que quiero estar a solas con una mujer.

—¿Estar a solas… conmigo?

—Hasta ahora no lo he conseguido, Marta.

—Ni veo que haya razón para ello.

Norton se apoyó en una de las paredes y la miró con expresión que quería ser indiferente, pero que en realidad denotaba lo mucho que aquella mujer le había interesado desde el primer momento en que la vio.

—Yo… —dijo Norton, lentamente—, quería darte mi pésame.

—¿Por qué?

—Por ser una pobre viuda.

Ella se estremeció, y en el primer momento, Norton no supo comprender por qué.

—Supongo que ser viuda —añadió—, no gusta a nadie.

—No.

—Pero esto tiene fácil remedio.

—¿Sí?

—Supongo que lo imaginas.

—No.

—Casarse otra vez.

—¿Sí?

Norton esbozó una leve sonrisa.

—Mira, preciosidad, sólo me estás diciendo «sí» «no». De modo que lo que yo quería insinuarte es que, como la soltería es tan triste y la viudez también, podríamos unir nuestras dos tristezas y llorar bien juntitos. Lo he preguntado por ahí a diez o doce personas, y todas me han dicho que era una excelente idea.

—¿Me estás pidiendo en matrimonio?

—Sí.

—Pues no.

—Caramba… Has dicho «sí» no sé cuántas veces y ahora resulta que no te sale.

—Repito mi negativa.

—Ya comprendo que yo no soy demasiado rico, pero…

—No es ésa la razón.

—Ronco por las noches, pero eso, hasta ahora, ha sido un secreto.

—Tampoco es eso lo que me decide, Norton. Hay otra razón más

profunda.

Norton apretó los labios.

—Otro hombre…

—Pues…

—Dilo de una vez. Al fin y al cabo, no es ningún pecado.

—Sí… Hay otro hombre.

—¿Lo conozco yo?

—No, no lo conoces.

Norton movió las manos haciendo un gesto de disculpa.

—En ese caso, te ruego que me perdones. Bien mirado, he sido un estúpido al decirte eso casi sin conocernos, Pero yo soy de los que creen en el destino, ¿sabes? Y un poco en el flechazo. En el instante de verte pensé que eras la mujer que había estado deseando siempre. ¡Pero uno desea tantas cosas…! En fin, no sé si sabrás disculparme, Marta.

—Estás disculpado. Y soy yo la que debe darte las gracias por tu oferta.

—Ofertas como ésa no valen la pena.

—Además, me has salvado la vida dos veces, Norton.

—No pienses en ello. Uno pasa por ahí y piensa:

«Voy a meterme en ese lío…». Yo siempre he ido de conflicto en conflicto, de modo que no le des demasiada importancia.

—Te prometo que cuando esto termine conocerás a ese hombre, Norton.

—¿Y si el tipo en cuestión no me gusta?

—En ese caso, te daré permiso para que me beses.

—Muy segura estás de que he de dar mis bendiciones a tu novio.

—Convendrás conmigo en que es mi hombre agradable, estoy segura.

—De acuerdo; procuraré ser imparcial. Y ahora…, adiós, Marta.

—Te acompañaré.

—No. Esto quiero hacerlo solo.

—Yo también estoy obligada, y creo que…

—Perdí la partida antes que tú —dijo Norton, suavemente—. Es decir, la perdió Grock, que viene a ser lo mismo. Si a mí me dejan tieso, entonces deberás intervenir tú. Serás la última. Pero mientras tanto, déjame actuar.

Fue a abrir la puerta y de pronto se detuvo.

—¡Ah! Un consejo.

—¿Cuál?

—Si a mí me escabechan y tienes que enfrentarte tú a Gunter, enséñale las piernas una vez. Seguro que lo dejas difunto.

Y salió.

El pasillo del hotel estaba lleno de gente, pero él tenía la sensación de que no veía a nadie. Se movía como un autómata.

Gunter había tenido que rendirse a dos evidencias, y las dos, catastróficas para él. En primer lugar, Norton había conseguido huir, aún no entendía cómo. En segundo lugar, Honved y sus hombres estaban muertos y a él no le quedaba más que un pistolero.

Sólo le quedaba una solución, y era huir lo más aprisa posible.

Reunió los documentos que más podían comprometerle, pero que podían serle necesarios aún y los guardó en uno de los bolsillos de su levita. Luego tomó todo el dinero en billetes de que podía disponer y lo situó en otro bolsillo. Una vez hecho esto, ya estaba preparado para emprender el viaje.

El pistolero que iba a acompañarle estaba preparando los dos mejores caballos de la cuadra.

Gunter se dijo que las cosas mejorarían por sí solas dentro de poco. Él tenía grandes influencias gracias a su cargo de senador, y no le costaría nada formar una verdadera coalición contra Norton, aquel tipo que había desbaratado toda su organización. Lo único que necesitaba ahora era poner tierra de por medio y organizar su contraataque.

Descendió a la planta baja y salió por una puertecilla lateral que era contigua a las cuadras.

El pistolero salía en aquel momento con dos caballos.

—Todo listo, jefe.

—Está bien; saldremos inmediatamente.

—Con una condición.

—La imagino. Quieres más dinero.

—No más, así simplemente, sino «mucho más». Quiero todo lo que tenían que cobrar Honved y sus hombres.

—¡Tú estás loco!

—O eso o se va usted solo, Gunter. Creo que le conviene aceptar.

El senador rechinó los dientes.

—Eres un perro sarnoso, Stuart, pero no me queda más remedio que aceptar tu trato. Tendrás ese dinero.

—Quiero que me lo prometa por escrito.

—¿Es que no te fías de mí?

—Ni de lejos, amigo.

Gunter lanzó una maldición en voz baja, mientras volvía al interior de la casa por unos momentos.

Ahora no le quedaba más remedio que ceder, pero ya arreglaría las cuentas a aquel buitre. Ya se ocuparía de él cuando hubiese encontrado nuevos hombres para protegerle.

Escribió en un papel lo que el otro le había pedido y salió de nuevo de la casa.

Stuart se hallaba apoyado en la pared.

Diría que reía.

Sus labios tenían una mueca rara, mitad espectral y mitad burlona, que hizo parpadear a Gunter.

—Toma. Tu maldito documento.

El otro no lo recogió.

—¿Qué ocurre? —mascullo Gunter—. ¿No es eso lo que querías?

En ese momento, Stuart se derrumbó, cayendo hacia adelante como un poste. Y Gunter vio con horror el cuchillo que hasta entonces le había mantenido clavado en la pared, tras atravesarle el corazón —y cuyo mango quedaba tapado por las sombras—, caía con él al no poder sostener aquel peso.

El senador quedó boquiabierto.

Una fría sensación de horror subió por su espalda mientras miraba el cadáver.

No comprendía nada de aquello, pero una voz le sacó de dudas al cabo de unos instantes.

—¿Satisfecho, Gunter?

La voz había sonado a unos diez pasos. El senador alzó poco a poco la cabeza.

La lengua se le quedó pegada al paladar. Junto a sus ojos brotaron unas gotas de sudor helado.

—Norton…

Norton estaba allí, como una sombra negra y vengadora. A diez pasos justamente. Una distancia ideal para matar… o morir.

—Tu compinche «se ha ido» —dijo Norton, suavemente—. No

nos pusimos de acuerdo y ya ves… ¿Qué tal te encuentras de reflejos, honorable senador Gunter?

—¿Por qué…?

—La gente dice que diez o doce pasos es una buena distancia para el desafío.

Gunter sintió que le faltaba la respiración.

—Norton… Tú y yo podríamos llegar a un acuerdo… Al fin y al cabo, este asunto no te afecta para nada. No sólo tengo influencia política, sino mucho dinero. Puedo conseguir para ti cosas que nunca has soñado siquiera. Lleguemos a un acuerdo… Te conviene a ti más que a mí.

Norton dijo con voz lenta, pausada, como si pronunciara una sentencia:

—Los cobardes nunca me han gustado, Gunter. ¿Sabes por qué ayudé a ese grupo de sudistas? Porque fueron enemigos valientes. Pero tú no eres más que una pobre serpiente, Gunter. ¡Defiéndete!

Gunter había ido moviendo su mano derecha mientras su enemigo hablaba.

Se daba cuenta de que el desafío era inevitable. Y procuró tener ventaja cuando el minuto fatal se produjese.

«Sacó», lanzando un grito.

Estaba seguro de que iba a cazar a su enemigo. Norton le parecía demasiado tranquilo, demasiado lento. Fue a apretar el gatillo mientras la sensación de la victoria le producía ya un escalofrío de placer.

De pronto saltó hacia atrás.

En el primer instante no lo comprendió. ¿Por qué daba vueltas todo en torno suyo? ¿Por qué el suelo se acercaba tan vertiginosamente? ¿Por qué sentía aquel sabor tan espeso en su boca?

La bala le había atravesado la garganta, pero no sintió dolor.

En cambio, sintió el segundo impacto, el de la bala que le perforó la cabeza.

Norton, que había disparado desde la funda, sacó el revólver para renovar la bala que había exterminado a su enemigo. Luego sopló en el cañón, tan tranquilo.

Dio media vuelta y se alejó de allí.

Todo estaba resuelto, y de pronto le había invadido una gran

tranquilidad, al mismo tiempo que una increíble fatiga.

Se dijo que tenía que ir a ver al *sheriff* para darle cuenta de todo y pedirle que registraran el cadáver, ya que, sin duda, Gunter llevaba encima documentos que le comprometían y que explicaban todo aquello.

Lo hizo. El *sheriff* no estaba en su oficina, pero sí el alguacil. Éste tomó nota de su declaración y partió inmediatamente para aclarar la situación dentro de lo posible.

Mientras tanto, la calle se había ido poblando de curiosos, de voces, de mil sonidos diversos.

La ciudad renacía.

Norton volvió al hotel y encontró a alguien en la puerta. Alguien que parecía esperarle.

Marta.

El joven se acercó lentamente. Le parecía ver solamente los ojos brillantes de la muchacha, unos ojos en los que leía la tristeza.

Y era una tristeza que no podía comprender.

Se detuvo junto a ella con voz suave, procurando alentarla:

—Puedes estar tranquila. Gunter ha muerto. Todo ha terminado ya.

—Es la mejor noticia que he recibido en mi vida, Norton.

—Entonces, ¿por qué estás triste?

—Porque sentiré separarme de ti.

A pesar de que varias personas les miraban, ellos tenían la sensación de estar solos en el mundo, Norton, al menos, sólo veía los labios y los ojos de la muchacha; aquellos ojos en los que flotaba la extraña tristeza.

—Marta —susurró—, te dije no hace mucho que no quería separarme nunca de ti.

—Y yo te dije que había otro hombre.

—Lo recuerdo perfectamente. Por desgracia, es la última cosa que olvidaré en mi vida.

Marta suspiró, desviando la mirada.

—Ha llegado la hora de que lo conozcas, Norton.

—¿Es preciso? Prefiero no ver la cara del hombre que te va a hacer suya. Así me será más fácil imaginarlo, cuando pase el tiempo, como alguien que no ha existido nunca.

—Pero podrías pensar que te he engañado, Norton. Que ese

hombre, en realidad, no existe, y que lo he inventado yo para romper tus esperanzas.

—Nunca creería eso.

—De todos modos, ven conmigo, Norton. Vive muy cerca de aquí y prometí que te lo presentaría.

Él hizo un gesto de resignación.

Como acababa de decir, no le gustaba conocer al hombre que había de poseer a Marta.

Pero se resignó a acompañarla, ya que ella se lo pedía. Caminaron en dirección al hotel, cuya parte trasera daba en la calle donde estaba la casa de Gunter. Fue eso lo que extrañó a Norton, lo que hizo que se encendiera en su cerebro una especie de lucecita roja.

—¿Quién vive ahí? —musitó.

Ella se volvió para mirarle intensamente, cuando ya casi estaban en la puerta.

—Tú sabes que afirmé ser viuda —dijo con voz tensa—, viuda de Jim, el compañero de los otros miembros del grupo.

—¿Y no lo eres?

—Jim vive todavía.

Norton sintió que la cabeza le daba vueltas. Por un momento no comprendió aquella situación; y no lo comprendía porque le era imposible dar con los motives.

—Él tenía miedo —susurró Marta, tratando de explicárselos.

—¿Miedo de qué?

—De tener que jugarse la vida. De morir como los otros. Le llamé cobarde, pero…, pero luego sentí compasión. Él, al fin y al cabo, no es más que un muchacho. Está desmoralizado, hundido… Pero yo quería que siguiese siendo un hombre de honor, y por ello ocupé su puesto.

Norton estaba admirado.

Le maravillaba la valentía de Marta, su decisión para salvar el buen nombre del hombre al que amaba. Pero al mismo tiempo le producía tristeza al pensar que ese hombre era otro y no él.

—¿Tanto le quieres? —susurró.

—No es eso. Somos primos hermanos, y desde niños se dijo que seríamos uno del otro. Siempre he vivido con esa idea en la cabeza: pensando que era algo que tenía que suceder.

—Pero tú no estás obligada a aceptar esa idea. Tú eres libre y…

De pronto, todo el cuerpo de Norton se estremeció.

Dio un empujón a la muchacha mientras se contraía y sacaba su revólver.

—¡Cuidado!

El disparo llegó desde la escalera y la bala rozó su cabeza. Una segunda bala por poco alcanza a Marta. Norton la protegía con su cuerpo, mientras disparaba, y entonces recibió el impacto en el hombro. Se dobló hacia adelante, apretando el gatillo de nuevo.

Las dos balas alcanzaron a Jim en el pecho. El ex oficial sudista cayó rodando por los peldaños, mientras la muchacha lanzaba un grito de horror.

Norton se llevó una mano a la herida, mientras hacía esfuerzos para guardar el revólver.

—No vayas, Marta…, te lo suplico.

—Pero él ha querido matarme… ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué?

—Ya te lo explicaré con detalle más adelante —susurró Norton —; pero tengo motivos para creer que era uno de los mejores auxiliares de Gunter. Éste no hubiera podido organizar sus traiciones sin contar con un cómplice en el regimiento, y ése cómplice hubo de ser Jim. Ello habría significado para Jim, sin duda, una bonita fortuna… Y por eso Gunter estaba tan al corriente de vuestros planes. Ahora ha debido tener miedo de que tú lo supieras todo, Marta, al verte conmigo. Temía que vinieras a acusarle…, y ha reaccionado como un cobarde. Lo siento por él.

Tomó por un brazo a Marta y la sacó de allí mientras iba dejando un reguero de sangre.

Pero eso no le importaba. No era grave.

Lo que le importaba era que ahora Marta resultaba en realidad ser una «viuda». Y eso, diablos, con un poco de paciencia, ofrecía perspectivas muy interesantes.

FIN